


CONQUISTA ESPACIO

# LOS MALDITOS SERES DE GOGON

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

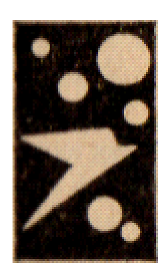
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

707 – Barbarroja del espacio, *A. Thorkent*.
708 – Las momias, *Ralph Barby*.
709 – Nuestros pequeños visitantes, *Lou Carrigan*.
710 – Esfinge cósmica, *Curtis Garland*.
711 – Galaxia al rojo vivo, *Clark Carrados*.

RALPH BARBY

# LOS MALDITOS SERES DE GOGON

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 712
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 13.826 - 1984

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1984
1ª edición en América: noviembre, 1984



**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

# CAPITULO PRIMERO

El silbido intermitente arrancó del sueño a Linx, comandante civil de la cosmonave Solitud, que se hallaba tendido en la litera de su camarote.

Acercó su diestra a la muñeca izquierda donde llevaba una muñequera con telemandos y microordenador incorporado.

En la pared que tenía delante, se iluminó una pantalla de TTV. En perfecta imagen tridimensional, apareció Xiulet, un robot que tenía algo de androide pero no demasiado; no se había tratado de hacerlo parecido a los humanos.

—Linx —interpeló el robot cuya cabeza era una burbuja de cristal irrompible, encarando su ojo electrónico hacia el humano que continuaba tendido en la litera.

—¿Qué pasa, por qué esta llamada?

—Emergencia.

—¿Emergencia? —Se sentó en la litera y su rostro reflejó preocupación.

—Recibimos llamada de emergencia.

—¿De quién?

—Humanos en situación desesperada.

Apagó la pantalla y saltó de la litera. Abrió la puerta del aseo personal y metió la cabeza bajo el grifo del lavabo para despejarse. Se secó y, tras ponerse la camisa, corrió hacia la sala de mando y control que no se hallaba lejos.

Se introdujo en el elevador vertical y, en apenas dos segundos, llegó al nivel cinco. Después de algo más de una docena de zancadas, entró en la sala de mando y control, donde estaba el robot ocupando su butaca.

—Sal de ahí, Xiulet. Te he programado para que no te sientes en mi sitio.

—Llamada de urgencia, llamada de urgencia. Entes humanos en situación desesperada.

—No hace falta que me lo repitas tanto, ya lo he oído. —Linx se sentó en su butaca y gruñó—: No sé qué diablos de lámpara te habrán metido en el trasero que calientas tanto los asientos.

Linx observó la pantalla de la cual salían voces e imágenes que quedaban rotas por mil interferencias.

Intentó fijar la imagen y no lo consiguió del todo; sólo obtenía una imagen distorsionada.

—Aquí cosmonave Solitud, comandante civil Linx. ¿Quién llama?

—Soy el comandante cosmonauta civil Groller —respondió una

voz, también distorsionada. Sonaba más grave, como más electrónica.

—¡Groller, hijo de los planetas perdidos! ¿No me reconoces?

—¡Linx, Linx! ¿De veras eres tú?

La imagen seguía sin fijarse. Alguna nube cósmica de meteoros de gran tamaño debía de obstaculizar aquella transmisión, y también era posible que el emisor estuviera averiado.

—Sí, soy Linx. ¿Qué pasa?

—Estamos en emergencia desesperada.

—Hum, algún día tenías que acabar así. Eres el peor de los indeseables de la galaxia.

—No bromees ahora, Linx. Estamos en situación desesperada, yo y quienes viajan conmigo en la cosmonave.

—¿Cuántos están contigo?

—Veinte entes humanos varones, veinte hembras humanas y cuarenta niños. Si no llegas pronto, nos congelaremos por debajo de menos cien grados Celsius.

—¿Dónde estáis ahora?

—En un planeta que no tiene ni nombre.

—Tendrá alguna referencia, ¿no?

—Es el PT-108.

—No he oído hablar de él, pero seguramente el procesador de mi cosmonave me dará los datos adecuados.

—¿Adonde te diriges?

—Voy hacia el planeta Tierra.

—De regreso a casa, ¿eh, Linx?

—Sí.

—Dichoso tú que podrás volver a gozar de los santuarios forestales, de los macro parques de ocio... En cambio, todos nosotros, incluidos los niños, nos congelaremos, seremos como cristal. Un golpe sobre nuestros cuerpos helados y nos partiremos a trozos. Si no puedes venir a socorrernos, si nadie más capta nuestra llamada de desesperación, cuando llegues al planeta Tierra, informa a las autoridades de nuestra muerte en el planeta PT-108.

—Vamos, Groller, no dramatices. ¿Cuánta energía os queda?

—Sólo las baterías de emergencia. En nuestra caída sobre este planeta, los cartuchos de energía sólida han reventado.

—¿Y no os habéis desintegrado? Qué raro, ¿no?

—Sí, han reventado, la energía se pierde, pero por suerte no han estallado. La energía está incontrolable, esto es el caos.

—Pero ¿qué diablos os ha ocurrido?

—Recibimos el impacto de un meteoro errante que debió de cambiar su trayectoria al rebotar contra otro, y nos dio a nosotros. Fue una colisión muy grave que destruyó muchas dependencias de la cosmonave, de la cual perdimos el control. Estábamos cerca de este

planeta, fuimos atraídos por su fuerza gravitatoria y aquí estamos, entre los picachos helados, esperando la muerte.

—Y de oxígeno, ¿cómo andáis?

—Mal.

—¿Y de cámaras de criogenización?

—Destrozadas. Linx, si no vienes por nosotros, no te lo voy a echar en cara, tú y yo siempre hemos tenido discusiones.

—¿Discusiones? Sería más exacto llamarlas peleas.

—De todos modos, yo te perdono. Moriré congelado, sin rencor hacia ti.

—Maldito Groller, cierra la boca de una condenada vez. Voy a situarme en el espacio galáctico y, solicitaré datos al procesador. En cuanto podamos, llegaremos ahí.

—Quizá sea ya muy tarde. ¿A qué distancia estáis de nosotros? Bueno, aquí os esperamos, Linx.

Linx cortó la telecomunicación que había sido muy mala y distorsionada. La pantalla del procesador central se iluminó, y un punto comenzó a centellear al tiempo que la voz del procesador iniciaba las respuestas y aparecían más datos en la pantalla.

—A velocidad treinta Mach luz, para alcanzar el planeta PT-108 y partiendo desde nuestra posición en ruta, variable a cada segundo que pasa, tardaríamos mil doscientos veintisiete horas, catorce minutos, diez segundos...

—Demasiado —gruñó Linx como respuesta a la voz impersonal y de tonos femeninos del procesador.

—Tendríamos que saltar a híper Mach luz —sugirió Xiulet, adelantándose a lo que pudiera decir la voz del procesador.

—¡Cállate! —ordenó Linx.

—Hay que saltar a la híper velocidad canal negro —dictaminó la voz del procesador.

—¿Lo ve, comandante Linx? Yo he procesado bien los datos —insistió el robot. Su cabeza emitía destellos.

—Sí, pero eso lo sabe hasta un perro-robot.

La burbuja de cristal que era la cabeza de Xiulet se puso roja, como si tuviera capacidad para sentir ira y rabia.

Linx tecleó para dar órdenes que el gran cerebro bioelectrónico de la nave tenía que procesar.

—Objetivo, una hora tres minutos diez segundos —anunció la voz del procesador—. Estado de alerta general, posibles averías técnicas...

—Xiulet, prepárate para emergencias.

—Preparado — respondió el robot.

La cosmonave sufrió fuertes vibraciones. Los motores de propulsión entraron en ignición todos al mismo tiempo; en diez segundos iban a alcanzar la máxima potencia.

Linx no tenía tiempo de avisar a sus compañeros de viaje que yacían en el profundo letargo de la criogenización, encerrados en las correspondientes cápsulas.

Comenzaron a encenderse los macrodiodos en batería. Linx sabía que cuando estuvieran todos encendidos, llegaría el punto crítico. Lo que iba a hacer, implicaba grandes riesgos.

El procesador tenía que calcular que en línea recta hasta su nuevo objetivo, no interpusiera ningún obstáculo: estrellas, planetas ni planetoides, cometas ni nubes de meteoros gigantes, nada contra lo que pudieran chocar; a la velocidad de híper Mach luz en canal N, ningún radar tenía suficiente velocidad para captar un peligro y dar orden al mismo tiempo para variar el rumbo.

A aquella velocidad, que sólo se podía conseguir en determinadas emergencias por lo peligrosa que resultaba (pues no pocas cosmonaves se habían desintegrado al tratar de conseguirla), había que realizar todos los cálculos de antemano.

Linx sintió un ligero sudor en el rostro, un rostro que quedó quieto, hierático, mientras sus ojos se movían de un lado a otro, ansiosos y expectantes.

Las luces de iluminación general se apagaron. Sólo se veían los macrodiodos y la luz del teclado de órdenes.

Cuando se llegase a la máxima potencia, tenía que inyectar en los motores de propulsión la energía equis-i griega que se hallaba almacenada en cartuchos aparte de la energía convencional.

La energía equis-i griega multiplicaba la potencia habitual, pero no todos los motores podían resistir el brutal acelerón de esa energía accesoria que, además, se multiplicaba al combinarse con la otra energía.

Hundió el botón de inclusión de la energía equis-i griega y todo se transformó. A través de los gruesos cristales que cubrían gran parte de las paredes y techo de la sala de control, resplandeció una cegadora luz, una luz que apenas duró tres segundos. Luego, el brillo de miríadas de estrellas que se movían a gran velocidad, como si llovieran sobre el cosmonauta.

El robot se había anclado a una de las paredes para no caer en alguna de las sacudidas de la cosmonave.

—Hemos alcanzado velocidad híper Mach luz, canal N —anunció la voz femenina del procesador central.

El cosmonauta Linx exhaló un profundo suspiro.

—¡Se ha conseguido!

—No ha pasado nada, no ha pasado nada —repitió el robot, y lanzó unos pitidos con los que parecía expresar satisfacción.

Ya no había nada que hacer. En la próxima hora, la cosmonave Solitud viajaría en línea recta hacia el desconocido planeta PT-108.

Linx sabía que cuando se acercasen al nuevo objetivo, la cosmonave regresaría a la velocidad normal de crucero y luego la reduciría.

Se volvió hacia Xiulet para ordenarle:

—Hazte cargo de los controles y no te pongas a desafiar al procesador central.

—Órdenes recibidas — respondió el robot.

Linx confiaba en su robot. Aparentemente, era bastante primitivo porque no había sido construido en forma de androide, pero poseía un cerebro bioelectrónico fuera de lo normal. Ningún robot de serie poseía un cerebro como el suyo, lo que en ocasiones no dejaba de provocar algunos problemas. Por otra parte, aquel tipo de robot ofrecía mejores prestaciones en cuanto a fuerza física, detectores en varias ondas, y poseía sistemas de defensa muy considerables.

Linx deseó que Xiulet no cometiera ninguna travesura más.

Pasó al elevador y descendió a la planta tres donde había una estancia estanca y reforzada para que las averías que pudieran surgir en la cosmonave no la afectaran. En aquella dependencia podía haber tripulantes en estado de criogenización, lo que significaba que se hallaban totalmente indefensos.

Miró los cartuchos de criogenización; había cuatro, pero sólo tres estaban ocupados. En los largos viajes, se establecían turnos de guardia para que, por lo menos, uno de los humanos cosmonautas estuviera siempre vigilante por si surgían problemas.

Se acercó al panel de controles y pulsó los botones de recuperación de normalidad. Comenzaron a encenderse pilotos rojos. La temperatura ascendería lentamente, al tiempo que el oxígeno iría entrando en los cuerpos de los criogenizados de forma progresiva y controlada.

Dejó que el proceso de descriogenización continuara por sí solo y se fue a tomar una ducha integral. Quería despejarse completamente.

Mientras viajasen a aquella altísima velocidad, no podían recibir ni enviar teletransmisiones espaciales. No sabría nada de Groller ni de los que viajaban con él, que se hallaban a punto de morir, hasta que llegasen cerca del planeta PT-108 y entraran en su órbita.

Se preparó comida introduciendo uno de los platos ya cocinados en el horno de microondas. Al minuto, el plato estaba caliente y dispuesto para ser comido. Era un plato variado; Linx rechazaba los alimentos compuestos que tanto se parecían a los piensos utilizados en las granjas para alimentar a las aves y a los leporinos de consumo humano.

Un pitido en su muñeca le advirtió que se acercaba la hora de arribada a su objetivo. La descriogenización de sus compañeros sería algo más tardía por la lentitud necesaria en el proceso.

—¿Ha habido algún problema, Xiulet? —inquirió, entrando de nuevo en la sala de control.

—No, no ha habido problemas, sólo que los cartuchos de criogenización están perdiendo temperatura y avanzan hacia el punto cero.

—Eso ya lo sé y tú no lo sabrías si no hubieras hecho preguntas al procesador central.

El robot volvió su cabeza de cristal hacia el humano. Como niño cogido en falta, trató de explicar:

—He preguntado al ordenador central si había algún elemento en funcionamiento aparte de los controles habituales. Había detectado un microconsumo de energía adicional, y pensé que podía tratarse de alguna fuga.

—Bien, bien, te preocupas demasiado, tendré que quitarte algún chip de tu sesera.

Los frenos funcionaron automáticamente y abandonaron la híper Mach luz canal N. Siguieron decelerando y la cosmonave Solitud entró en la órbita del desconocido planeta PT-108.

Acomodado en la butaca de mando, Linx conectó la telescopía por TTV, y las pantallas se iluminaron, apareciendo distintos lugares del planeta. Linx seleccionaba la imagen que le parecía mejor y la situaba en la pantalla gigante.

PT-108 era un planeta grande, con gravedad uno seis. Apenas recibía luz de la estrella enana de la que dependía. Poseía una ligera atmósfera amoniacal y en ella se producían vientos de gran velocidad.

Las montañas, muy abundantes en todo el planeta, eran escarpadas, recubiertas de hielo, y los valles se hallaban cubiertos también con mantos de gran espesor de nieve carbónica. A todas luces era un planeta hostil; quedarse en él significaba la muerte inexorable. Allí no había nada que pudiera ayudar a la vida de los humanos.

De pronto, descubrió algo con claridad, algo que no encajaba con la morfología... Un rayo luminoso brotaba del fondo de uno de aquellos valles nevados. Aquel rayo fundía la nieve carbónica provocando un río que, al seguir su cauce, se congelaba debido a la bajísima temperatura ambiental.

—¡Ya lo tengo! —exclamó, satisfecho.

# CAPITULO II

Encendió la pantalla de telecomunicaciones tras enviar mandato al ordenador para que grabara en su memoria lo que acababa de descubrir.

—Groller, ¿me recibes bien?

En pantalla apareció Groller, fornido, con poco cabello, muy recortado e hirsuto, semejante a un cepillo, y vistiendo de azul. Le miró a través de la pantalla y estalló en una carcajada sonora y profunda.

—¡Sabía que lo conseguirías, Linx!

—He tenido que viajar por híper Mach luz en canal N.

—¡Diablos! ¿Tu carreta espacial es capaz de viajar a esas velocidades?

—Si no lo fuera, no estaría aquí ahora; aún tardaría en llegar más de mil horas.

—En ese caso, nos habrías encontrado ya cadáveres y congelados.

—Pues, no va a ser así. He visto el valle en que estáis, creo que hay peligro de aludes de rocas.

—Sí, aquí tenemos muchos aludes. Siempre estamos temiendo que alguna roca de cientos de toneladas nos caiga encima y nos aplaste. Cuanto más pronto nos rescatéis, antes escaparemos a la muerte.

—De acuerdo. En breve os enviaremos una lanzadera de rescate.

—Mándala inmediatamente.

—He de esperar la descriogenización de mis compañeros.

—Conque descriogenización y todo para largos viajes, ¿eh? Os lo pasáis muy bien. ¿Quién diablos os subvenciona estos viajes espaciales?

—Cumplimos con nuestros contratos, eso nos produce beneficios y podemos dotar a nuestra cosmonave de los últimos adelantos y comodidades.

—Eres un tipo de suerte. Fíjate, yo estoy ahora sin kart espacial y lo malo es que no lo tenía asegurado.

—Deja de gruñir y dime cómo están los demás viajeros.

—Ah, bien, bien, pero sacadnos de este ataúd cuanto antes. La temperatura ha descendido tanto dentro de la cosmonave que tenemos que usar trajes de supervivencia, y cada vez que hemos de ir al retrete es un problema porque se nos hiela el culo.

—No estarás tan mal cuando tienes tan buen humor, Groller.

—Ya me conoces, Linx, aunque hace tiempo que no nos vemos.

—Recuerdo que en nuestro último encuentro tuviste que pagarme una apuesta que habías perdido.

—Ah, sí. —Volvió a reír Groller sonoramente. En efecto, llevaba el cuerpo metido en un traje de supervivencia.

—Oye, antes de rescatarte vas a darme tu palabra de que respetarás las normas que rigen dentro de mi cosmonave.

—De acuerdo, de acuerdo, respetaremos tus normas, pero no creas que me haces un favor rescatándome a mí y a los que viajan conmigo.

—¿Ah, no? — preguntó Linx ya con sorna.

—Pues no. Tengo que contarte algo que pagará con creces este rescate.

—No me vengas con historias, Groller.

—Tú, ríete. Si mi cosmonave no hubiera tenido la mala suerte de caer en este maldito planeta por culpa del asteroide errante, yo no te contaría cuál iba a ser mi misión, y te aseguro que va a dar mucho de sí.

—Bueno, ya me lo contarás, tendrás tiempo para hacerlo si es que no decides que te criogenice hasta el final del viaje, aunque no tenemos cápsulas suficientes para ti y tus viajeros.

En aquel momento aparecieron en la puerta Sideri y Cadell. Linx los miró y, después de sonreírles, pues cada vez que un humano despertaba de una criogenización era como regresar de la muerte, les preguntó:

—¿Cómo os encontráis?

—Bien —respondieron los dos.

Sideri, que destacaba sobre su compañero Cadell porque era mayor y más atlético, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué esta decisión de descriogenizarnos?

—Emergencia.

—¿Qué clase de emergencia? —preguntó Cadell, preocupado.

—Se trata de un salvamento. Nos hemos desviado de nuestra ruta para rescatar a los supervivientes de una cosmonave siniestrada y que se halla en el planeta alrededor del cual estamos orbitando.

—¿Está localizada la cosmonave siniestrada? —preguntó Sideri.

—Sí, he hablado con su comandante, que es nada más y nada menos que Groller.

—¿Groller? —repitió Cadell—. No le conozco, pero creo haber oído hablar de él.

—Es el aventurero del espacio más canalla que hayas podido conocer jamás —rezongó Sideri—. Si te encuentras en peligro, él será el primero en abandonarte y no tenderte una mano. ¿Has pensado en eso al venir a rescatarle, Linx?

—Sí, y no sólo eso, hemos viajado a velocidad híper Mach luz en canal N.

—¿Hemos corrido el riesgo de desintegrarnos por rescatar a ese aventurero sin escrúpulos que los meteoros de la galaxia confundan?

—bramó Sideri.

—Sí, pero es que lleva consigo a muchos viajeros; quizás algunos estén en peligro de muerte.

—Si hay que salvar a mucha gente, de acuerdo —aprobó Sideri—, pero yo no me fío nada de Groller.

—Yo tampoco, pero por encima de todo está ayudar a los viajeros del espacio en peligro. De modo que tú, Sideri, te quedarás aquí en la cosmonave con Cranc.

—¿Y yo? — preguntó Cadell.

—Tú bajarás conmigo para la operación rescate.

—De acuerdo. ¿Habrá que llevar armas?

—No, salvo la pistola de defensa, como es costumbre.

—De acuerdo, en un momento me preparo.

—Vístete con el traje de supervivencia. Abajo ya no tienen ni oxígeno, y la temperatura es muy baja; este planeta está helado.

—¿Por bajo de menos cien grados Celsius?

—Sí, por debajo. Nada más asomar la cara, se cristalizaría.

No tardaron en subir en la lanzadera que no era demasiado grande. Para el rescate total de cuantos se hallaban en peligro, tendrían que hacer varios viajes, calculó Linx.

—Atento, Sideri —pidió Linx, ya a bordo de la lanzadera de rescate.

—Listo para abrir compuertas... y suerte —deseó Sideri, que ocupaba en aquel momento la butaca de mando.

El robot Xiulet permanecía quieto, observando. De ser un humano, se hubiera podido suponer que él deseaba quedarse al mando de la cosmonave. Estaba cansado, si es que él podía cansarse, de ser un ente artificial «tonto», aunque muy rápido y fuerte.

El sofisticado procesador que llevaba dentro de sí el robot no podía llegar a comprender cómo los entes humanos lo calificaban de «tonto» cuando podía resolver problemas matemáticos, físicos, químicos, de ingeniería y otras funciones, mucho más rápidamente que ellos.

La aproximación al planeta PT-108 era una operación sencilla, pues el vehículo lanzadera respondía muy bien, aun en contra de vientos huracanados.

—Es fantástico —opinó Cadell al contemplar las montañas de elevadas y siniestras cúspides que parecían de cristal.

Reverberaba la escasa luz de la estrella enana que llegaba hasta ellos y semejaban zafiros.

—Es maravilloso —ponderó Linx— pero mortal de necesidad. No hay oxígeno, la temperatura es bajísima, no hay agua y la vida no es posible. Como éste hay muchos planetas en el espacio sideral, millones dentro de la galaxia. Mira, ahí está la cosmonave siniestrada.

—Tiene fuga de energía —observó el joven cosmonauta Cadell.

—Sí, eso se ve a simple vista —admitió Linx—. Tendremos que acercarnos por la proa; esa energía que ha fundido la nieve carbónica podría causar averías en la lanzadera.

Sobre la proa había una plataforma para la toma de contacto de vehículos pequeños. Linx indicó:

—Espero que ahí quepa la lanzadera.

—¿Y el aire?

—Despresurizaremos.

—¡Atención, atención, Groller!

—Eh, Linx, magnífico, no creí que llegara a salir vivo de ésta.

—Abre las compuertas, si es que os queda energía para moverlas.

—Ahora mismo. Aún tengo en funcionamiento las baterías de emergencia

Las compuertas se abrieron lentamente. No cabía duda de que la energía era escasa.

Cadell preguntó:

—¿Vamos a entrar ahí?

—¿Te da miedo?

—¿Y si se cierran las compuertas y ya no pueden volver a abrirse por falta de energía?

Linx sonrió. Las compuertas eran grandes y recias, compuertas resistentes que, además, en un planeta de gravedad uno seis, se hacían mucho más pesadas.

—No temas, dispararíamos el cañón láser y las fundiríamos.

—Pues, adentro.

La lanzadera penetró lentamente en el gran hangar de la cosmonave que estaba destrozada, especialmente en los niveles bajos.

Las compuertas se cerraron. Linx observó el termómetro que daba la temperatura exterior.

—Fíjate, dentro de la cosmonave están a menos sesenta grados.

—Es para morirse —gruñó Cadell.

Salieron de la lanzadera. El hangar estaba débilmente iluminado por puntos de luz roja de emergencia. Abrieron los intercomunicadores que llevaban incorporados en los yelmos de sus trajes espaciales.

—¡Eh, Linx, quiero darte un abrazo! —gritó Groller, apareciendo con su traje espacial de color azul.

—La lanzadera sólo podrá llevar a dieciséis personas por viaje. Se hará lo que se puede, organizaremos varios traslados.

—Muy bien, muy bien —aprobó Groller, palmeándole los hombros, como muy satisfecho de verle—. ¿Qué llevas en las bodegas de tu Solitud? —Nada.

—¿Nada? ¿De veras que nada? —exclamó, más contento aún.

—Sí, nada. Puedo admitir cualquier carga, voy de regreso al planeta Tierra, ya te lo dije.

—Que, por lo que yo sé, estas semillas son híbridas.

—Comprendo. Cuando las vides mueran por vejez, si quieren plantar nuevas tendrán que adquirir nuevas semillas.

—Eso es. Estas semillas son muy valiosas.

—¿No se pueden reproducir por esquejes? —preguntó Cadell.

—Este tipo de vides, no —aclaró Groller.

—Bien, cargaremos, pero todas las botellas, no —decidió Linx.

—Habremos de viajar al planeta Naxos.

—De acuerdo. Va a ser un trabajo duro trasladar todo este cargamento hasta mi cosmonave.

—Yo dispongo de robots de carga que podrán ser utilizados para ese trabajo —indicó Groller.

—¿Y tu lanzadera?

—La perdí en el espacio; sólo tengo un vehículo pequeño que no sirve para navegar por ahí.

—Groller, me has convencido pese a mis recelos, pero te prevengo que como trates de hacerme alguna jugada, me quedo con todo este tesoro.

—No será necesario, socio; los dos vamos a ser ricos y poderosos. Sólo hay una cosa mala en este asunto.

—¿Cuál?

—Pues, que todo debía ser para mí y ahora voy a tener que compartirlo contigo.

Y se echó a reír de lo que consideraba su mala suerte.

# CAPITULO III

Xiulet iba moviendo su ojo polielectrónico, capaz de ver más que los ojos de los entes humanos orgánicos. Miraba a los cinco terrícolas, trataba de procesar cuanto veía. Al robot semiandroide no le «casaban» los datos, ya que no había sido programado totalmente para comprender las reacciones humanas.

—¿Qué os parece? —preguntó Groller, carcajeándose con la copa de oro en su mano.

Todos bebían en copas de oro, copas que pertenecían al tesoro que Groller transportaba.

—Admito que nunca he tomado un vino como éste. Más bien parece un destilado alcohólico que un fermentado natural.

—Es vino auténtico, os lo puedo jurar, sólo que la graduación es tres veces superior a los vinos más fuertes que tenemos en nuestro querido planeta Tierra, y además tiene otras propiedades. Yo no soy un enólogo, pero creo que es un vino inigualable. Sabía que os gustaría, seguro que no habéis bebido jamás nada parecido.

—¿Sabías que está prohibido consumir bebidas alcohólicas y drogas en general cuando se tripula una cosmonave? —preguntó Linx a Groller.

—¿Es que uno no puede brindar por su propio rescate? ¿Qué te parece, Cranc?

El fornido Cranc aprobó con repetidos movimientos de cabeza mientras Groller descorchaba otra botella y le llenaba la copa de oro de nuevo.

El vino era de una tonalidad rojo oscura, como la sangre humana terrícola.

Era, como decía Groller:

—Néctar de dioses, ya lo creo que sí, auténtico néctar de dioses...

—Es magnífico —aprobó Sideri—. No hay ninguna otra bebida que se le pueda comparar.

A Cadell parecían habérsele hinchado los ojos. Reía estúpidamente, y el vino asomaba por las comisuras de sus labios.

Xiulet seguía observándoles y procesando datos. El tenía en su programación que no podía consumir nada. Por otra parte, tampoco tenía boca ni conductos para tragar. Recibía su energía de una batería autónoma de larga duración, y poseía un engrasador propio para las articulaciones.

En cambio, los humanos bebían y comían y, de vez en cuando, se encerraban en un pequeño cuartito que llamaban water-closes, un lugar que Xiulet había investigado sin hallarle nada de particular.

Cadell se escurrió en su butaca y acabó sentado en el suelo, con la cabeza torcida e hipando sonoramente. Xiulet le observaba con su ojo electrónico y, de pronto, la burbuja de cristal que constituía su cabeza comenzó a destellar en color rojo, como advirtiendo de que algo no marchaba bien.

—Tranquilízate, Xiulet —le exigió Sideri—. Cadell sólo está borracho.

Linx bebía, pero no tanto como pudiera parecer; por aquella vez, hizo «la vista gorda» respecto a lo que bebían sus compañeros.

—Aquí sólo hacen falta mujeres —dijo Groller— y yo sé dónde están las mejores hembras humanas de la galaxia.

—¿Ah, sí, dónde? — preguntó Cranc.

—En Naxos.

—Pero ¿no vamos hacia allá? —siguió preguntando Cranc.

—Sí, allí vamos, a reponer el cargamento que hemos perdido, vino Bacoy, el mejor de la galaxia.

—Pareces un anuncio de publicidad —comentó Sideri, llevando nuevamente la copa a su boca.

El robot comenzó a emitir pitidos y acabó abandonando la sala de control.

—Entes humanos averiados, entes humanos averiados.

Incluso Linx se amodorró. Aquel vino era el mejor que había probado en toda su vida.

La cabeza le bailaba; sin embargo, no le dolía en absoluto. De pronto vio cómo Groller tecleaba en la terminal de mando y control principal que enlazaba directamente con el procesador central. Y dejar que un individuo como Groller se hiciera con aquella terminal, resultaba peligrosísimo.

Se levantó tambaleante. Se acercó a Groller por la espalda y le propinó un gancho en la oreja que lo derribó fuera de la butaca.

Antes de que se recuperara, pulsó un par de teclas y surgió la voz femenina diciendo:

—Anuladas últimas órdenes recibidas.

—Eh, Linx, ¿te ha sentado mal el vino Bacoy?

—Groller, vamos a ser socios, pero tú no toques nada de esta cosmonave que yo comando.

—¿Qué es lo que temes?

—Tú sabes muy bien lo que querías hacer. He borrado lo que has metido en el procesador central; no utilices este teclado para nada.

—¿Y si hay una emergencia?

—Están Sideri, Cranc y Cadell y, en última instancia, Xiulet.

—¿Y a un robot miserable, a un semiandroide, lo consideras superior a mí?

—De él, me fío; de ti, aún no.

—Será mejor que me vaya a descansar y tus amigos también, o se van a levantar con dolor de cabeza si duermen donde están.

—Déjalos, pero se terminó el beber.

Groller abandonó la sala de control y se dirigió al camarote que le habían asignado y en el que estaban los cofres con las joyas y las piedras preciosas, pero antes, recogió las copas en que habían bebido. Las mostró a Linx y dijo:

—Pertenecen al tesoro.

—Comprendo.

Cuando Groller se hubo marchado, Linx abrió un canal de órdenes y llamó por una banda que sólo el robot podía oír.

—Xiulet, preséntate en la sala de control y mando.

—Inmediatamente —respondió la voz artificial.

Linx deseó meterse bajo la ducha, tenía que despejarse, pero alguien debía controlar la cosmonave. El robot no tardó en presentarse y observó con su ojo polielectrónico a los caídos.

—Déjalos dormir.

—¿Dormir?

—Sí, ya sé que tú no duermes jamás. Ven aquí.

El robot se le acercó, sumiso. Le habían hecho un cerebro artificial demasiado perfecto para no quedar perplejo ante las reacciones y conductas humanas.

—Llevamos rumbo a Naxos en velocidad veinte Mach luz. El procesador central hará las correcciones necesarias automáticamente, pero tú vigila los controles por si hay emergencia.

—Orden recibida.

—No te pongas a jugar con el teclado de la terminal. ¿Entendido?

—Orden recibida.

—No seas demasiado curioso o te rebajaré las posibilidades de tu cerebro.

—No lo haga o perderé facultades, mis prestaciones serán inferiores y entonces se quejará de mí.

—Vamos, vamos, no me vengas ahora con ésas. Dices que descenderás en rendimiento y prestaciones para que yo no te rebaje la potencialidad, porque con quitarte algunos chips, asunto concluido; lo que a ti te da miedo es ser inferior a otros robots.

—No sé lo que es el miedo, no sé lo que es el miedo. No es computable.

—Bien, el miedo no es computable, el miedo es sólo propio de los seres orgánicos y no de los fabricados como tú, pero no te vayas a creer ahora que por eso eres superior, ¿eh?

—Soy un robot modelo…

—Calla, calla, que eres capaz de soltarme hasta el número de tu matrícula de fabricación. Atiéndeme bien, tengo que darte una orden

importante.

—Mis sensores auditivos están preparados.

—Si fallas, te convierto en chatarra espacial. —Linx suspiró y luego, prosiguió—: Debes impedir que Groller se acerque a esta mesa de mando.

—¿Groller es el humano intruso a bordo de la Solitud?

—Exacto. El no debe acercarse aquí para nada; no quiero que toque la terminal del procesador central. Ese tipo es capaz de programar la cosmonave para que le obedezca a él y no a mí. Luego, a traición, me extermina y él se queda dueño y señor de la cosmonave. No me sorprendería que ése fuera su plan; es un canalla del que no hay que fiarse. Si me matara, se quedaría con todo.

—Si le mata, comandante, ¿qué debo hacer?

—Si me mata a mí, lo desintegras. ¿Comprendido?

—Orden recibida.

—Serás mi justiciero, pero ten cuidado; ese tipo es capaz de cambiar los chips de tu microprocesador y te va a convertir en su esclavo. En vez de hacer trabajos finos como aquí, te vas a pasar el tiempo llevando cargas de un lado para otro como un robot de segunda.

Dejó a Cranc, Sideri y Cadell tumbados en la sala, durmiendo la borrachera causada por el mejor de los caldos obtenidos en la galaxia, aquel vino Bacoy que habían probado por primera vez.

Bajo la vigilancia de Xiulet estarían seguros, y él también necesitaba descansar. Era mejor dormir, hacer que el cuerpo se encargara de digerir aquel vino al que no estaban acostumbrados. ¿Qué sucedería en Naxos, donde el poder estaba en las manos de una mujer llamada Clyo?

# CAPITULO IV

No fue difícil para la cosmonave Solitud alcanzar la órbita del planeta Naxos, un planeta que tenía cuatro lunas naturales de distintos tamaños. Tres de ellas eran lunas blancas a juzgar por el color de la luz que reverberaban, pero la cuarta y mayor, era una luna siempre roja.

Se hallaban todos en la sala de mando y control; deseaban ver el planeta del que les hablara Groller, aquel planeta donde se recogía la uva que una vez fermentada daba aquel extraordinario vino. Además, aquel planeta tenía unos tesoros tan importantes como el que ya llevaban en la propia cosmonave Solitud.

—Es un planeta azul — observó Cadell.

Groller, más suficiente, puntualizó:

—Todos los planetas que tienen una composición de aire equiparable a la del planeta Tierra, son azules, máxime si poseen grandes extensiones de superficie cubiertas de agua: pero su corteza sólida presenta distintos colores como también ocurre en la Tierra.

Pudieron ver las grandes manchas de los océanos y las zonas verdes de exuberante vegetación; también había grandes extensiones de tierras rojizas. Pudieron localizar bien las metrópolis.

—¿Poseen cosmonaves de combate? —preguntó Cranc.

—No —respondió Groller—, no tienen flota espacial, no han desarrollado esa tecnología. Parece que no les interesa saltar a otros planetas.

—Eso es un atraso en su evolución, ¿verdad? —preguntó Cadell para que asintieran a su pregunta que casi era una sentencia

Linx prefirió opinar:

—No es obligado en la evolución de una civilización que desarrolle tecnología espacial. Pueden limitarse a vivir en su propio planeta si han conseguido un control demográfico sin recortar las libertades individuales y colectivas.

—Estás muy profundo —rezongó Groller, un tanto despectivo.

—¿Puedes aclararme lo que has dicho? —preguntó Cadell.

—Que se puede controlar la cantidad de nacimientos en proporción a las muertes que se producen, siempre que sea un acto voluntario por cada uno de los individuos. Vamos, que no han llenado su planeta de seres humanos y por tanto no han necesitado estudiar la fórmula para escapar de su planeta donde ya no cabrían si se hubieran multiplicado en exceso. La vida en un planeta también se hace imposible cuando hay fuertes enfrentamientos bélicos y los bandos en litigio empiezan a pensar que la escapatoria a otros

planetas es la única forma de perpetuar su especie y su forma de pensar, social y política, y para ello invierten grandes sumas de dinero en evolucionar la tecnología espacial. Pero, ya ves que hay civilizaciones que dan la espalda a las aventuras espaciales porque consideran que ya viven bien donde están.

Groller también quiso dar su opinión.

—Sí, pero como no se arman bien, están predispuestos a ser atacados por fuerzas alienígenas, y el riesgo de ser aniquilados o esclavizados por individuos llegados de otros mundos no es agradable.

—¿Quieres decir que no poseen buenos sistemas de defensa contra posibles invasores? —preguntó Linx.

—Yo no los vi muy bien armados. Aquí abajo prefieren dar mucho boato a sus ceremonias rituales.

—¿Qué tal están de telecomunicaciones? —quiso saber Linx.

—Flojos. Utilizan un sistema de televisión a color que no es tridimensional, atrasada para nuestra mentalidad.

—Bien, pues iniciaremos el contacto con esa gente para que podamos descender sin problemas.

Groller apartó su mirada de los grandes ventanales y preguntó:

—¿Puedo utilizar los telecomunicadores? Si le digo a la emperatriz Clyo quién soy, seremos recibidos inmediatamente.

—De acuerdo —aceptó Linx.

Groller no tardó en conseguir la telecomunicación. No habló con la propia emperatriz Clyo, si no que lo hizo con Toulas, suprema sacerdotisa imperial.

—Tenemos vía libre para descender. Estarán preocupados por mi retorno —observó Groller.

Cranc, Sideri y Cadell pusieron muy mala cara cuando Linx les comunicó que ellos deberían esperar a bordo a que Groller y él mismo hicieran la primera visita a la emperatriz Clyo.

—Groller dijo que en ese planeta había las mejores hembras de la galaxia —gruñó Cranc.

—Sí, y el mejor vino, pero se acabaron las borracheras; una cosmonave no es un casino de un planeta frontier. Cuando vosotros bajéis al planeta Naxos, si es que disponéis de tiempo, bebéis un poco y... lo que sea, pero nada de tonterías. Unas medidas de prudencia nunca son malas.

—Envíanos imagen de las mujeres de Naxos —pidió Sideri.

A bordo del vehículo lanzadera, Groller y Linx abandonaron la cosmonave Solitud para descender al planeta Naxos. Se posarían en un aeropuerto que distaba pocos kilómetros de la gran metrópoli.

—Ah, se me había olvidado decirte una cosa, Linx.

—¿Qué cosa? —preguntó, mientras el vehículo lanzadera descendía lentamente sobre el suelo de piedra rebajada y pulimentada

del aeropuerto.

—Que esta civilización es de tipo matriarcal y a los machos los consideran inferiores.

—¿Y ellos se conforman con ese tratamiento? —preguntó Linx.

Groller carraspeó, y explicó:

—Es que son inferiores, me refiero a cerebralmente. Son fuertes físicamente y son utilizados como excelentes trabajadores, pero cerebralmente son poca cosa; por eso ellas son las que mandan.

—Supongo que no pensarán lo mismo de los machos de otras civilizaciones — rezongó Linx con sorna.

—No, ya han sido visitadas por cosmonautas de otras civilizaciones.

La lanzadera se posó suavemente en el suelo pétreo, aguardaron a que se les acercara una comitiva de vehículos con ruedas, de lo que cabía deducir su atraso en tecnología de vehículos para desplazamientos sobre la corteza de un planeta, pero eran bastante bonitos. Toda la comitiva la componían mujeres.

Gran parte de ellas iban vestidas con unos trajes que parecían uniformes castrenses, aunque eran muy vistosos. Las demás vestían indistintamente túnicas o vestidos, incluyendo anchos pantalones.

Linx comentó:

—De veras son hermosas.

—¿Qué os dije? Son espléndidas, pero este planeta goza de la protección de otras civilizaciones.

—No sabía nada.

—Pues sí. Si fueran invadidas, los invasores podrían resultar atacados, aunque la verdad es que yo no creo en las promesas. Luego, los que prometen mucho se echan atrás si las fuerzas invasores resultan demasiado poderosas.

A las mujeres de la civilización Naxos les gustaba la fantasía en sus formas de vestir. Groller y Linx abandonaron su vehículo lanzadera, y la suprema sacerdotisa del imperio les recibió dándoles la bienvenida.

Los terrícolas saludaron respetuosamente. Toulas era una mujer alta y huesuda, de mirada penetrante. Vestía de color lila y negro, no era ninguna belleza, pero debía de ser una mujer sumamente inteligente.

—Mi nave espacial —comenzó a explicar Groller— sufrió un percance y se estrelló en un lejano planeta. Mi hermano Linx me ha rescatado. Tengo que hablar con la emperatriz Clyo.

—Transmitiré tus deseos —asintió la suprema sacerdotisa Toulas.

Subieron a un vehículo y fueron conducidos al interior del recinto de palacio, tras circular por la amplia avenida que cruzaba la metrópoli del imperio y concluía en la falda de una colina donde se ubicaba el palacio imperial. Pudieron observar que, contra lo que

parecía ser norma en casi todas las civilizaciones, allí no había muros que separasen al pueblo de su emperatriz

—Es muy bonito este lugar —opinó Linx saliendo a la terraza, a la que se accedía desde la amplia estancia que les había sido destinada y desde la cual podían contemplar la ciudad.

—Sí, son edificios hermosos y estilizados. Ellas son las arquitectos, y los hombres, los albañiles, los que ejecutan los trabajos manuales.

—Pues estas mujeres tienen mucha capacidad de creación e imaginación —ponderó Linx, observando los edificios que quedaban rodeados de jardines.

Allí no existía el abigarramiento de edificaciones a base de cemento, acero y cristal, pegadas unas a otras con algún raquítico árbol en medio, siempre enfermo. Allí abundaban los árboles de hojas rojizas que, hábilmente mezclados con las copas de árboles de follaje verde, formaban conjuntos muy agradables al espíritu de quien los contemplase.

—Y los hombres, si son fuertes según dices, pues todavía no he visto a ninguno, ¿no atacan a las mujeres?

—Por lo que yo sé, si alguno de los machos de esta civilización ataca a una hembra, que son seres de rango superior, es capado públicamente, encadenado y luego enviado a las minas.

—Así, lo pagan muy caro — opinó Linx.

—Ellas llevan muy bien este imperio. No les falta de nada y no aspiran a conquistas espaciales, pero sí exigen perpetuar su sistema que les parece bueno.

—Están en su derecho.

Los terrícolas no fueron tratados como machos de la especie nacida en Naxos. Fueron invitados a comer a una mesa donde parecía haber mujeres importantes, entre ellas sacerdotisas y miembros de la guardia imperial.

Hubo danzarinas, pero no ejecutaron danzas provocativas. Todo estuvo muy bien. Luego, tuvieron tiempo para descansar en unas literas, pero Linx no tenía deseos de descansar.

—Sideri, ¿me oyes? —preguntó, apretando un resorte de su ancha pulsera que contenía varios artilugios electrónicos, entre ellos un telecomunicador.

—Te oigo perfectamente —respondió Sideri desde la cosmonave Solitud que se hallaba sobre la vertical de la metrópoli, a varios cientos de kilómetros de altura.

—Estamos esperando que la emperatriz nos reciba.

—¿Crees que hay algún peligro?

—No, estamos siendo muy bien atendidos. Me he puesto en contacto contigo para tranquilizaros.

—De acuerdo, continuaremos a la escucha.

—No hay nada que temer, no son agresivas —advirtió Groller—. La emperatriz es recelosa y tiene sus motivos.

—¿Qué motivos?

—Estel.

—¿Estel?

—Sí, su hija.

—¿Qué ha pasado con ella?

—No te había contado de qué se trataba.

—Habla, Groller.

—La secuestraron unos aventureros de la civilización Numba.

—Los entes humanos de la civilización Numba son muy distintos a nosotros.

—Sí, y ellos la secuestraron.

—¿Por qué motivo?

—El asunto no está claro. Parece que la hija de la emperatriz Clyo se halla en el planeta Gogon.

—¿Gogon? Es un planeta repelente.

—Sí, lo sé muy bien, nadie quiere ir allá, ya se lo expliqué a la emperatriz Clyo.

No pudieron seguir hablando; la mismísima suprema sacerdotisa Toulas, acompañada de un pequeño séquito de sacerdotisas de rango inferior y una guardia con armas de fuego pero vistosamente ataviadas, les fue a buscar.

—Seguidnos, terrícolas.

# CAPITULO V

Les condujeron por un amplio túnel bien iluminado y con innumerables pinturas y estatuas; todas denotaban gran sensibilidad artística.

Atravesaron un gran salón donde había grupos de mujeres reunidas. Al parecer, allí no podía entrar ni un solo hombre, salvo que fuera para hacer trabajos manuales y en momentos en que no hubiera mujeres presentes.

El paso de los terrícolas llamó la atención y despertó la curiosidad de aquellas mujeres que, ciertamente, destacaban por su singular belleza.

—¿Qué os dije? Hermosas, ¿eh?

—Sí, pero no será bueno que mis compañeros bajen aquí para divertirse.

—¿Por eso de que pueden ser capados públicamente como castigo? —se rió Groller sin dejar de caminar.

La emperatriz Clyo les recibió en una pequeña sala de audiencia ricamente decorada. Linx quedó sorprendido al verla. La emperatriz no era una mujer joven, pero sí de gran belleza. Sus cabellos, de un rojo oscuro, destellaban como chispas de fuego, y sus pupilas eran como inmensos rubíes birmanos. Poseía una hermosa y estilizada figura unida a una gran majestad.

Los ojos de Clyo se fijaron inmediatamente en Groller.

—Me han comunicado que has tenido un accidente.

—Así es, majestad imperial. Mi nave espacial colisionó con un meteorito errante, quedó averiada y se desvió. Fui atraído por la gravedad de un planeta sin vida y allí murieron mis compañeros. Cuando creí que iba a morir yo también, este hermano de civilización captó mi llamada de socorro y acudió en mi ayuda.

—¿Y todo el cargamento que te confié? —preguntó la emperatriz

—El tesoro sigue intacto a bordo de la nave espacial de mi hermano que ahora es mi socio en esta misión, porque yo he perdido mi nave de transporte.

—¿Y las semillas y el vino?

—De semillas se han perdido un treinta por ciento y de botellas, un ochenta por ciento.

—¿Y has venido a pedir más?

—Sí. Hay que llevar las bodegas bien repletas si tenemos que ir al planeta Gogon y entendernos con los seres que allí habitan.

—¿La nave que surca los espacios es tuya, terrícola? —preguntó la emperatriz Clyo a Linx.

—Así es, majestad —admitió, todavía subyugado por la belleza serena de aquella mujer.

—¿Tú eres el jefe de expedición?

—Sí, majestad. Groller me ha contado en parte cuál era su misión y me ha pedido que le transportara a Gogon, ya que él se ha quedado sin cosmonave.

—Bueno, somos socios —puntualizó Groller.

—Pero la cosmonave es mía. Yo decido si hay que poner rumbo al planeta Gogon o no.

—¿Te ha explicado Groller cuál sería tu misión?

—Me ha dicho que hay que rescatar a la hija de su majestad.

—Así es. Estuvieron aquí unos viajeros del espacio que fueron atendidos como siempre lo son todos los viajeros que se acercan a este imperio, y cometieron una gran traición llevándose a mi hija Estel.

—¿Por qué la secuestraron?

—No lo dijeron. Sólo sé, por otros viajeros del espacio, que mi hija permanece cautiva en el planeta Gogon. Groller, el terrícola, se ofreció a rescatarla

Linx miró a Groller interrogante.

—Yo ofrecí pagar un rescate a los Gogon a cambio de la liberación de la muchacha cautiva. Me dieron unos datos sobre lo mucho que había gustado el vino Bacoy a los seres del planeta Gogon.

—¿Y han decidido pagar un rescate que ellos no han especificado del todo? — preguntó Linx.

—¿Cómo te llamas, terrícola? —inquirió la emperatriz.

—Linx.

—¿Y cuál es tu opinión, Linx?

—Que se puede intentar el rescate, pero hubiera sido bueno saber qué es lo que desean los seres de Gogon.

—Retener a mi hija que es la sucesora en el trono.

—¿Tiene alguna otra hija, majestad? —inquirió Linx.

—No. Ninguna de las hijas del imperio puede tener más de una hija, ni siquiera la emperatriz

—¿Y si ella desgraciadamente, hubiera desaparecido? —preguntó Linx, tratando de suavizar sus palabras.

—El consejo de las sacerdotisas de palacio haría una elección entre otras hijas del imperio.

—¿Y cree que el imperio de Naxos se hundiría si fallase esta sucesión?

Clyo tensó sus músculos faciales.

—No —respondió—, pero el imperio prefiere la sucesión normal y se ha de luchar por la desaparecida, por la defensa de cualquiera de las hijas del imperio, máxime siendo la sucesora.

—¿Es consciente, majestad, de que se corren muchos riesgos

yendo al planeta Gogon?

—Sé que los viajeros del espacio rehúyen ir a ese planeta, pero yo os pagaré bien, se lo prometí a Groller.

—Necesitaba esta confirmación. Si corro riesgos, quiero saber si habrá compensaciones. He visto el tesoro que Groller llevaba consigo.

—Ese tesoro es para pagar el rescate y habrá otro igual cuando mi hija regrese aquí sana y salva.

Linx se sintió subyugado por la serenidad de aquella mujer que se veía obligada a poner tesoros incalculables en manos de desconocidos, de los cuales debía fiarse porque ellas carecían de medios para navegar por el espacio y llegar hasta otros planetas.

Estuvieron hablando más, y la emperatriz Clyo relajó su suspicacia. No era habitual para ella ni sus autoridades de alta jerarquía recibir a hombres, pues en su mentalidad los hombres eran inferiores.

Linx habló de las excelencias del vino Bacoy y ella prometió que podrían visitar una vendimia.

Aquella noche, descansaron en el palacio. Groller preguntó:

—¿Qué te ha parecido?

—Sigo pensando que eres un canalla.

—¿Yo, por qué?

—Porque el planeta Gogon está lejos, muy lejos.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues, que trazando una línea recta en el espacio, el planeta PT-108 donde te encontré no estaba precisamente en el camino hacia Gogon.

—¿Qué estás insinuando?

—Que eres un embustero y no te dirigías hacia Gogon.

—¿Ah, no, adonde iba, si no?

—No sé, al planeta Tierra o a algún planeta frontier, pero a Gogon, no.

Groller se carcajeó.

—Sólo pretendía tomar un camino curvo.

—Eres un canalla —repitió Linx—. Te lo querías quedar todo para ti y ya debías haberte olvidado del rescate de la sucesora del imperio de Naxos.

—Bueno, admito que un mal pensamiento lo tiene cualquiera.

—La emperatriz Clyo confiaba en ti y en cambio, tú te llevas el cargamento con la tranquilidad de que ellas no disponen de cosmonaves para perseguirte y hacerte pagar cara tu traición.

—Ellas debían confiar en mí, pero sabían a qué se arriesgaban.

—No me fío de ti, Groller.

—Tienes que fiarte, somos socios.

—Se me ocurre una idea.

—Oye, ¿qué estás tramando?

—Podría dejarte aquí hasta mi regreso, si es que vuelvo alguna vez.

—No, no, ése no ha sido el trato. Tú llevas el tesoro a bordo, Linx, no puedes dejarme aquí cuando yo te estoy proporcionando el mejor negocio de tu vida.

—Ya te he dicho que de ti espero cualquier traición. Dame una razón convincente para que no te deje aquí en este planeta.

—Tengo una.

—¿Cuál?

—Que tú no eres tan canalla como yo —se echó a reír— y cumplirás tu palabra.

Al día siguiente, una comitiva les llevó hasta unas viñas donde se realizaba una vendimia. Allí estaban los hombres, fuertes pero de cabeza pequeña o mejor sería decir, de cráneo pequeño. Ellos eran quienes recogían los racimos de uvas, grandes como nueces terrícolas y que tenían el color del oro viejo. Cada grano de aquellos racimos semejaba en sí mismo una piedra preciosa.

Linx tomó uno de los granos y se lo llevó a la boca, lo mordió y se llenó de grato y dulce sabor. La uva, en sí misma, era extraordinaria

—Me gustaría llevarme algunos de estos racimos —dijo.

—No es posible —le respondió la jefe de la comitiva.

—¿Por qué?

—Hay una prohibición al respecto y hay que acatarla.

Cuando estuvieron a solas, Groller le dijo:

—Es para que no salgan las semillas. En nuestro planeta se utilizan los esquejes, pero estas uvas se reproducen exclusivamente por semillas.

—Comprendo, hay que respetar sus normas.

—Yo tengo unas semillas.

—Pues las vas a dejar.

—¿Por qué? ¿Te imaginas que plante estas semillas en otro planeta? Puedo hacerme más rico aún.

—Sería un robo, no es lo mismo que llevar las semillas híbridas.

—Podemos convertirnos en terratenientes. Si conseguimos hacer crecer vides como ésas que nos den este tipo de uvas, no habrá quien nos iguale en la producción.

—Groller, seré feliz el día que te pierda de vista para siempre.

—Pues, por ahora, tenemos mucho tiempo de estar juntos —se rió Groller.

—Fiarse de ti es meterse uno mismo en una trampa de la que no se sabe cómo se va a salir. No comprendo cómo la emperatriz Clyo se fió de ti cuando le dijiste que rescatarías a su hija del planeta Gogon.

—No le quedaba otro remedio, porque no tiene naves espaciales y

con otros aventureros corría el mismo riesgo.

Lo que no esperaban en aquellos momentos en que estaban presenciando la vendimia de aquellos fabulosos racimos dorados, era la decisión que iba a tomar la propia emperatriz Clyo.

# CAPITULO VI

—Después de consultar al consejo de supremas sacerdotisas —comenzó a decir con mucha solemnidad la emperatriz—, he decidido acompañaros en vuestro viaje por entre las estrellas.

Ambos terrícolas quedaron perplejos. Groller volvió su mirada hacia Linx pues éste, como propietario de la cosmonave Solitud y comandante de la misma era quien debía tomar las decisiones.

—Majestad, un viaje por entre las estrellas siempre entraña muchos peligros. Pudiera ser que no regresáramos jamás y no por no desearlo. Piense en el accidente que sufrió mi colega Groller.

—Todo quedó hablando en el consejo de las supremas sacerdotisas. Mientras yo esté ausente, ellas gobernarán el imperio de Naxos.

—¿Y si no regresa, majestad? — preguntó Linx.

—En ese caso, el consejo de supremas sacerdotisas elegirá una nueva emperatriz que posiblemente lo hará mejor que yo.

—¿Mejor que vos, majestad? —preguntó Groller, lisonjero.

—Una emperatriz, en Naxos, no gobierna tanto como parece. Tenemos un consejo de supremas sacerdotisas y un parlamento que controla la administración. La emperatriz es la figura visible, la que representa a todas las demás. Yo os acompañaré junto con el vino Bacoy, las semillas híbridas y el tesoro a vosotros confiado.

—Me temo, majestad, que en mi cosmonave no encontrará todo el lujo y el confort a que está acostumbrada.

—Puedes destinarle un espacio considerable —propuso Groller— y sus profesionales pueden decorarlo y amueblarlo adecuadamente. Cuando hayan terminado su trabajo, los devolveremos al planeta.

—Tendría que ser en un tiempo muy corto —observó Linx.

—Si en uno de los viajes de transporte de la nave que une esta ciudad con vuestro refugio en el espacio podéis cargar cuanto sea necesario y a las técnicos, no será preciso mucho tiempo.

—Bien, entonces no perdamos tiempo —asintió Linx, aceptando aquella responsabilidad. Se trataba de un rescate y no de llevar a un ejército armado de un planeta a otro. Nadie podía pedirle cuentas.

Empezaron inmediatamente el transporte, y en la cosmonave Solitud, Cranc, Sideri y Cadell se alegraron mucho al ver a las mujeres del imperio Naxos, mujeres eficientes y muy hermosas pero que, sorpresivamente para ellos, les miraban casi con desprecio.

—¿Qué les pasa a esas hembras? —gruñó Cranc—. Ni que fuéramos basura...

Linx le aclaró:

—En su imperio, los hombres son inferiores cerebralmente, no sé por qué causa, pero es así, y son preparados para trabajos manuales mientras ellas llevan a cabo las profesiones nobles o intelectuales.

—¿No será que a ellas les aplastan el cerebro cuando nacen? —gruñó Cranc.

—No creo, pero así es su civilización y ya sabemos cuál es la Carta Magna galáctica: Hay que respetar que cada civilización siga el curso de su propia evolución natural. Sólo se puede intervenir cuando una civilización ataca a otras o a viajeros del espacio, sean civiles o milicianos, siempre que éstos naveguen lejos del planeta al que pertenezca la civilización atacante.

Sideri, que se les había acercado, preguntó con sarcasmo:

—¿Y crees que todos respetan la Carta Magna galáctica?

—El que algunos no la respeten no significa que estemos autorizados a despreciarla nosotros. Yo creo en ella y la acato.

Cadell llegó con la cara todavía sonrojada.

—¿Qué te ha ocurrido, Cadell?

—¿A mí? Nada, nada.

—¿No será que has visto a algún ser extraordinario que ha aumentado la temperatura de tu sangre? —rezongó Cranc.

—¿De verdad ellas viajarán con nosotros? —preguntó Cadell, casi atragantándose.

—Unas pocas —contestó Linx—. ¿Acaso te ha impresionado alguna en particular?

—Bueno, yo —tartamudeó— creo que son muy bonitas.

—Te advierto que ellas no se aparejan tal como lo entendemos en el planeta Tierra.

—¿Ah, no?

—No. Ellas utilizan durante un cierto tiempo a los entes machos seleccionados, y luego los envían de nuevo al trabajo. Parece ser que cada mujer tiene derecho a estar determinadas veces con un macho hasta conseguir una hija y luego se aparta de ellos.

—Eso es muy aburrido —opinó Cranc—. Si estuviéramos nosotros allí, ya las haríamos cambiar de sistema de vida.

Xiulet se presentó en la gran sala vacía que iba a convertirse en las dependencias de las viajeras de Naxos. Las mujeres que allí trabajaban, al verle, gritaron asustadas. Xiulet se detuvo.

—No soy enemigo. Soy miembro de la tripulación de esta cosmonave —dijo, mirándolas con su ojo múltiple.

Ellas continuaron mirándole con miedo. En su civilización no habían desarrollado la tecnología de los robots, no les hacían falta, puesto que tenían hombres suficientes para todas las tareas.

En aquel momento, el robot semiandroide apareció en una de las pantallas de la sala de mando y control.

—Xiulet, abandona el lugar donde estás y ve a hacer la revisión de la cámara de energía.

—Orden recibida —respondió el robot semiandroide que miraba a las mujeres de Naxos que, según los datos que tenía programados, vestían de formas muy extrañas y no computables.

—No teman —les dijo Linx—. Es un ente electrobiomecánico controlado totalmente por nosotros. Está a bordo para hacer trabajos peligrosos.

Ellas cuchichearon entre sí y prosiguieron su trabajo de distribución de la sala en varias dependencias, instalando paredes completas, espesos cortinajes y muebles.

Mientras, la lanzadera iba y venía llenando la bodega con el cargamento que se iba a ofrecer a los seres de Gogon que tenían cautiva a Estel, la hija de la emperatriz Clyo.

El último de los transportes que hizo la lanzadera fue el de la emperatriz Clyo y su séquito, a las cuales recogió el propio Linx.

Ante el viaje de la emperatriz, se habían celebrado grandes ceremonias. Para las mujeres de la civilización de Naxos, aquello era como partir hacia las estrellas.

—¿Completamente decidida? — preguntó Linx.

—Esperamos que todas las medidas de seguridad estén tomadas — dijo Ena que era la jefe de la guardia personal de la emperatriz que había decidido arriesgar su vida embarcándose en aquel viaje hacia los mundos desconocidos, pues ellas no habían abandonado su planeta jamás, a excepción de la secuestrada Estel.

—Sí, todo está controlado —respondió Linx, pensando que podía tener algún contratiempo con aquella mujer jefe de la guardia de seguridad.

La emperatriz inició el viaje con emoción, lo mismo que las mujeres que componían su séquito, una guardia de seis mujeres armadas y atléticas, tres sacerdotisas, la consejera personal y cuatro domésticas que atendían a todo el grupo.

Cuando divisaron la cosmonave como flotando en el espacio sideral repleto de estrellas, su emoción aumentó. La cosmonave Solitud tenía grandes dimensiones si se la comparaba con los vehículos utilizados en el planeta Naxos, y su estructura y morfología en nada se parecían a lo que ellas consideraban una nave, ya que en su mentalidad la aerodinámica era básica.

El vehículo lanzadera se internó en el hangar de la cosmonave. Se cerraron las compuertas y el hangar se llenó de aire para que pudieran abandonar la lanzadera sin peligro para la respiración humana.

El propio Linx se sorprendió al ver cómo habían quedado decoradas las dependencias destinadas a las mujeres de Naxos. A ellas

no les sorprendió, quizá porque habían visto las maquetas. Lo que allí faltaba, evidentemente, eran los jardines que tanto abundaban en la metrópoli de Naxos, pero habían conseguido llevar plantas vivas que eran alimentadas fotónicamente por lámparas de luz ultravioleta.

—¿Cuándo partiremos? —preguntó la emperatriz Clyo.

—Inmediatamente. Si su majestad quiere acompañarme a la sala de control y mando, podrá presenciar la maniobra de partida y despedirse de su planeta.

La emperatriz aceptó, y con su jefe de la guardia personal y la suprema sacerdotisa que la acompañaba siempre, se personó en la sala de control desde donde pudo contemplar su planeta y las cuatro lunas que lo orbitaban.

—Poseen un hermoso planeta —comentó Linx—. No hay en la galaxia muchos que tengan unas condiciones de vida tan óptimas.

—Siempre había imaginado cómo sería visto desde una estrella —comentó la emperatriz—, pero la belleza que ahora contemplan mis ojos es superior a todo lo imaginado.

—Despídase y que la suerte nos acompañe, porque quizá no podamos volver aquí jamás.

Oprimió el botón de ignición de motores y las toberas comenzaron a vomitar energía blanca que lanzó a la cosmonave Solitud hacia su destino.

La velocidad fue aumentando despacio, así lo había previsto Linx para que el alejamiento del planeta fuera relativamente lento y que la emperatriz y sus acompañantes pudieran contemplarlo haciéndose pequeño hasta desaparecer en la lejanía sideral, confundiéndose con las miríadas de puntitos de luz que poblaban la galaxia.

# CAPITULO VII

Groller torció el gesto al ver en la pantalla los gráficos de la ruta que seguían.

—¿Qué significa esto, Linx?

—¿Es que no sabes leer un gráfico de ruta sideral?

—Vamos al planeta frontier Amarillo...

—Así es.

—Eso significa que nos desviamos de la ruta.

—Sólo determinado tiempo, no gastaré demasiada energía.

—¿Qué vamos a hacer al planeta frontier Amarillo? —Miró en derredor, desconfiado—. ¿Acaso preparas dejar a la emperatriz en ese planeta y largarnos con todo el tesoro, el vino y las semillas?

—Supongo que tu idea fija era ésa, ¿verdad? Recuerda que donde te encontré no estaba en la ruta de Gogon. ¿Qué crees que haría la emperatriz si le dijera que pensabas largarte con todo y no volver más por el planeta Naxox?

Groller se rió, con suficiencia. Solía hacerlo siempre que quería demostrar que dominaba la situación.

—Puedes decírselo. ¿Qué va a poder hacer ella contra mí? Ya no estamos en Naxos donde ella tiene la fuerza; aquí no es más que una invitada.

—Lleva una escolta consigo.

—Mujeres —arguyó, despectivo.

—Pero están armadas.

—Bah, tu amenaza no me afecta en absoluto. Por cierto, Linx, si quieres desprenderte de ellas, lo mejor y más práctico es dejarlas fuera de la cosmonave para que se pierdan en el espacio para toda la eternidad.

—Groller, cada día me das más asco.

—Si no piensas dejarlas, ¿por qué no vamos directos a Gogon? Después de todo, es allí donde está la sucesora de la emperatriz Clyo.

—No es la emperatriz que va a salvar a una mujer; es la madre que quiere rescatar a su hija. ¿Le has hablado de Gogon?

Evasivo, respondió:

—Bueno, algo.

—Gogon es un planeta maldito al que nadie quiere acudir.

—Sí, eso lo sabemos todos los que viajamos por la galaxia. Gogon es un peligro para el que posa sus pies en él. Allí están esos malditos seres, las cucarachas gigantes.

—Bien, bien, ya veremos cómo va todo.

En aquel momento entró Sideri en la sala de control y Linx le

pidió:

—Hazte cargo del control, ya conoces la ruta.

—Sí, claro.

—Vamos, Groller —le dijo Linx, al observar que éste trataba de quedarse allí en la sala de mando.

—¿Qué sucede, Linx, todavía desconfías de mí?

—Sí, y no me hagas tomar medidas desagradables.

—¿Como cuáles?

—Pues, podría encerrarte en un camarote y no saldrías de él hasta que todo hubiera terminado.

—Ya comprendo. Al final, el listo serás tú, Linx. ¿Te quedarás con mi parte de este negocio?

—Si es por eso, no temas, no me quedaré con nada tuyo.

Groller abandonó la sala de control de mala gana. Sabía que no lograría convencer a Linx que no se fiaba de él, y tampoco se fiaban de él los demás miembros de la tripulación de la cosmonave Solitud.

—Un momento, Linx.

Groller le cogió por el brazo, reteniéndole en el corredor donde nadie les veía ni podía oír.

—¿Qué quieres ahora?

—Supongo que quieres descender al planeta frontier Amarillo, ¿no?

—Es posible — respondió, ambiguo.

—Vamos, vamos, no te hagas el tonto. ¿Qué piensas hacer allí?

—¿Crees que voy a responderte?

—Está bien, si todavía tienes alguna deuda que pagar, ahora puedes hacerlo. La verdad es que me gustaría descender al planeta frontier Amarillo.

—¿Y por qué no te vienes conmigo?

—Pues… — vaciló.

Linx sonrió abiertamente. Como si leyera en la mente de Groller, manifestó:

—Temes que te deje en el planeta frontier Amarillo, a tu suerte. Y nadie podría reprocharme que lo hiciera. Te he rescatado en un planeta hostil y muerto y debes darme las gracias.

—Pero si te largas con el tesoro y todo lo demás, habrás roto el trato que tienes conmigo —le advirtió Groller.

—Un trato que no queda reflejado en ninguna parte.

Conteniendo su cólera, pues sabía que si la desataba aún podía irle peor, Groller dijo:

—Creí que tu palabra tenía valor, Linx.

—No temas, mi palabra es ley, ya lo sabes, no le ocurre lo mismo que a la tuya. Por otra parte, ¿qué importaría que mi cosmonave se largara, dejándote a ti en ese planeta frontier?

—Ya lo creo importaría —exclamó—. ¿Y el tesoro que llevas a bordo, el vino, las semillas?

—Todo eso no es para ti ni para mí, es el pago del rescate. Lo que hayamos de ganar nosotros nos lo darán al regreso en el imperio de Naxos, si es que el rescate ha ido bien. No debes tener miedo de perder de vista el tesoro que llevamos a bordo, salvo que le hayas tomado demasiado apego.

—Bueno, uno se acostumbra a lo mejor, a las maravillas de las joyas, al excelente vino. Si no hay posibilidad de rescate, algo hemos de sacar de todo esto, ¿no?

—¿Quieres decir que si no es posible rescatar a la hija de Clyo nos podemos quedar con todo el cargamento que llevamos?

—Sería lo lógico, ¿no?

—Groller, eres un cerdo, pero no del planeta Tierra, sino del planeta Luponio, que allí son más grandes y sucios. Ah, antes de que se me olvide, tú bajarás conmigo al planeta frontier.

—¿Tú y yo juntos?

—Sí, así no temerás que te abandone a tu suerte, sin más fortuna que lo puesto. Estaremos juntos y no deberás temer que te abandonemos en el planeta frontier a tu suerte.

—Espero que no se te ocurra hacer eso, porque si lo hicieras, empeñaría toda mi vida en buscarte y acabaría dando contigo.

—No gastes saliva en amenazas, Groller; reserva tus fuerzas para otras cosas, te hará falta.

Se separaron, pero Groller quedó ceñudo, reconcentrado. Trataba de adivinar cuáles eran los planes de Linx, y tenía el presentimiento de que a él no le iban a salir bien las cosas.

Linx se alejó de Groller y fue en busca de la emperatriz Clyo.

Esta se hallaba en las dependencias habituadas para ella y su séquito, que recordaban un poco su palacio por la decoración.

—Majestad...

—Comandante Linx — le dijo ella abiertamente.

Linx notó que los ojos femeninos se alegraban al verle. Era una mujer que poseía un gran poder de seducción. Obviamente, no era ninguna niña, pero cualquier ente humano terrícola podría volverse loco por conseguir su amor; sin embargo, ella no amaba a ningún hombre.

Sólo había conocido a un hombre en el período de acoplamiento genital y procreativo y luego, aquel hombre había desaparecido de su vida sin que ella lo echara de menos, ya que sólo lo había visto ejerciendo la función orgánica de procreador. Y como había dado a luz una niña y no un niño, ya no tuvo que pasar de nuevo por la situación de «acoplamiento procreativo».

—¿Por qué no nos dejamos de tratamientos? —propuso Linx—.

Ahora ya no estamos en su planeta, en su civilización, en su imperio.

—¿Tutearnos? —preguntó ella desconcertada, pues jamás se hubiera podido pensar que una emperatriz se dejara tutear por un hombre.

—Sí, llámame Linx y yo te llamaré Clyo.

—Como quieras, Linx.

Se acercó a ella y se sentó en el mismo banco tapizado en fina piel en el que la mujer se hallaba acomodada.

—Nos estamos acercando al planeta frontier Amarillo.

—¿Es nuestro objetivo?

—No, es Gogon — puntualizó Linx.

—Tendrás que aclararme las cosas, porque yo no he salido jamás de mi planeta y para mí, todo esto es nuevo. Para mi pueblo, yo he subido a las estrellas montada en un carro de fuego.

—Lo comprendo. Nos consideráis como dioses y no lo somos. Nuestra ventaja es que poseemos una tecnología espacial avanzada y vosotras ni siquiera habéis dado el primer salto fuera de vuestra estratosfera, aún estáis con los vuelos aéreos. Os falta mucho para saltar a vuestras lunas y luego a los planetas y muchísimo más todavía para conseguir las velocidades con que nosotros cruzamos los espacios interestelares; pero no tiene objeto que hablemos ahora de esto. Te contaré que como entes humanos orgánicos que somos, poseemos el bien y el mal dentro de nosotros y somos capaces de cualquier engaño o, por contra, de cualquier entrega y generosidad.

—¿Qué tratas de decirme?

—Que has sido muy confiada.

—¿Contigo?

—Inclusive conmigo. No te traicionaré, pero podría hacerlo. No tienes que confiar demasiado en los seres que llegan de fuera de las estrellas.

—¿Qué tratas de decirme, en realidad? ¿Qué podéis secuestrarme a mí también, como hicieron con mi hija Estel?

—Si lo hiciera, nadie podría impedirlo. Tu guardia es poca cosa para nosotros, incluso vuestras armas son muy débiles comparadas con las nuestras; pero, no temas, nada más lejos de mi intención que querer secuestrarte. Eres muy hermosa, Clyo. No sé cuántos años de tu planeta tienes ni a cuántos corresponderían de los míos, pero sólo por amarte se te podría raptar.

Clyo se sonrojó por primera vez en su vida. Sintió que la sangre se deslizaba cálida y rápida por sus venas y que un cosquilleo agradable nacía en sus muslos.

Linx quedó con su boca muy cerca de la de ella y se dijo que si la besaba, ella no le rechazaría. Luego, podría seguir hasta seducirla y estaba seguro de que lo lograría porque ella lo deseaba aunque no lo

dijera; lo veía en sus ojos, en sus labios húmedos y palpitantes.

Sin embargo, se contuvo. Si seguía por aquel camino, sería como abusar de su situación. Ella era una inexperta en los juegos del amor, mientras que él sabía muy bien lo que tenía que hacer para seducir a una mujer.

—Los planetas frontier —comenzó a explicar, cambiando deliberadamente el rumbo de la situación, aunque ella seguía mirándole con ojos cálidos— son lugares que carecen de civilización propia En estos planetas se instalan aventureros espaciales de todas las procedencias, algunos huyendo de la justicia de sus civilizaciones y otros que simplemente llegan buscando fortuna. Normalmente, en estos planetas hay minas en explotación, metales preciosos, joyas o se consiguen aceites especiales u otros productos que se cotizan mucho en los planetas donde no existen, y se crea un comercio que produce riqueza. En esos planetas se juega mucho, se captura a los seres descuidados y se les convierte en esclavos. No hay más ley que la que puede hacer cada uno con sus propias armas.

—Será horrible, ¿no?

—Sí, lo es. La muerte en tales planetas carece de importancia no hay ley ni justicia y muchos, para sobrevivir, se arriman a los que tienen más poder y les sirven a cualquier precio.

—Serán lugares detestables.

—Así es. Unos pocos se han hecho fabulosamente ricos en esos planetas, y la mayoría han hallado la muerte o la esclavitud.

—¿Por qué me pones en antecedentes sobre ese planeta frontier Amarillo?

—Porque vamos a ir allá.

—¿Todos?

—La cosmonave permanecerá en el espacio y descenderemos al planeta Groller, mi robot, yo y tú, si aceptas venir con nosotros.

—¿Qué haría yo en ese planeta?

—Tengo que visitar a alguien y me gustaría que tú estuvieras presente, pero te advierto que es muy peligroso.

—Vendrá conmigo mi guardia.

—No, iremos solos, no quiero llamar la atención. Tantas mujeres hermosas juntas ocasionarían muchos problemas en ese planeta de aventureros.

—Si tú lo deseas, iré.

—Puedes negarte, insisto en que es muy peligroso.

—Si Clyo muere, ya te dije que el consejo de las supremas sacerdotisas nombraría a otra emperatriz, otra Clyo.

—¿Se llamaría Clyo también?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para que todos los seres del imperio de Naxos recuerden siempre a la emperatriz Clyo y no a una determinada emperatriz. Una se sucede a la otra y ninguna ha de destacar.

—Entiendo. Bien, descenderemos al planeta frontier y vas a tener que llevar ropas distintas.

—¿Qué clase de ropas?

—Ropas más apropiadas, ropas ajustadas que te permitan correr, saltar. Allí no serás la emperatriz Clyo, eso sería muchísimo más peligroso; serás mi compañera. Por supuesto, llevarás un arma y antes te enseñaré cómo debes emplearla si llega el momento.

—Haré lo que me pidas. Emprendí este viaje con todas las consecuencias.

Linx se convenció de que Clyo haría todo lo que él le pidiese. Le tomó la barbilla y estuvo a punto de besarla, pero de nuevo se contuvo. Algo le impidió besarla y seguir adelante pese a estar seguro de que no habría barreras; pronto iban a vivir unas aventuras peligrosas en el planeta frontier Amarillo.

# CAPITULO VIII

Clyo entró en la lanzadera vestida de negro, con ropas ajustadas a su cuerpo, un cuerpo del que ella no conocía el atractivo que poseía Armoniosas curvas, senos firmes, era una mujer esbelta y bien formada.

Llevaba el cinturón del que pendía la pistola que Linx le había proporcionado tras mostrarle su manejo.

—¿Listos? —preguntó Linx.

—Sí —respondió Groller—. Es una sorpresa la presencia de la emperatriz en este vehículo.

—Deja de llamarla emperatriz, es Clyo simplemente. Abajo nadie debe saber quién es — le exigió Linx.

—¿Qué es lo que te propones, Linx?

—Pronto lo sabrás.

Groller, receloso, volvió su rostro hacia el robot semiandroide y éste lanzó un par de pitidos.

En torno al planeta frontier Amarillo solían orbitar no menos de dos docenas de cosmonaves de diversas dimensiones y formas, pues procedían de distintas civilizaciones planetarias. La Solitud iba a ser una más, tratando de no destacar para que nadie se fijara en ella.

Los sistemas de alerta se pusieron en funcionamiento para que ningún pirata del espacio se le pudiera acercar y abordarla.

El vehículo lanzadera descendió hasta la metrópoli de los aventureros donde no había campo de aterrizaje. Las grandes naves tomaban tierra en las afueras donde existían lugares más o menos llanos.

Linx, al igual que Groller, conocía bastante bien aquella metrópoli de aventureros e hizo descender la lanzadera entre unas edificaciones.

—Ya hemos llegado —dijo Linx, deteniendo el vehículo. Colocó los automáticos de seguridad para que nadie pudiera asaltar el vehículo en su ausencia

—Es inquietante este lugar —opinó Clyo.

—¿Por qué inquietante? — preguntó Groller.

—No sé, no hay nada hermoso aquí, y la arquitectura de los edificios es agresiva — opinó ella.

—¿Qué piensas comprar, Linx, acaso no llevamos suficientes suministros? —preguntó Groller, que no se libraba de su recelo.

—Pronto lo verás.

Salieron de la lanzadera. Xiulet, que les acompañaba, mantenía una alerta automática permanente.

—Vamos a visitar a Goldman.

—¿Goldman, ese androide del demonio?

Xiulet emitió dos pitidos; la referencia a un androide le había alertado.

—No es un androide y tú lo sabes.

—Para todos lo es.

—Es energía inteligente acumulada dentro de un androide; su cerebro funciona como los nuestros.

—Sí, pero su aspecto externo es el de un androide. ¿Qué quieres con ese tipo? Ya sabes que carece de piedad, y aseguran que es el peor de los sádicos conocidos en la galaxia.

—Tengo que hablar con él de los numba. Si tú, mientras tanto, quieres ir a un centro de diversión y conseguir las caricias de una mujer, puedes hacerlo, yo no te necesito. Ya nos pondremos en contacto con los intercomunicadores.

Groller vaciló pero acabó aceptando.

—De acuerdo, iré a un lugar de divertimiento. Que tengáis suerte, pero no os marchéis sin mí. Tengo tu palabra, Linx.

—Ya sabes que mi palabra es ley y por eso te fías.

Groller se alejó entre aquellas edificaciones pétreas que en su mayoría semejaban inexpugnables. Eran verdaderos castillos dentro de los cuales se protegían algunos de los aventureros y sus prosélitos que allí se atrincheraban.

—No te fías de Groller, ¿verdad? — preguntó Clyo.

—No, no me fio de él.

—¿Es de Groller de quien has tratado de prevenirme en varias ocasiones?

—Quizá. —Se volvió hacia Xiulet para ordenarle—: Síguelo, pero no te dejes ver.

—Orden recibida.

Xiulet se alejó. Para él, un seguimiento era tarea fácil, aunque él mismo, al adentrarse por aquella metrópoli de aventureros, no estaba exento de peligros.

—¿Qué crees que va a hacer?

—Ya te lo diré. Ahora, vamos a visitar a Goldman.

Goldman vivía en uno de aquellos castillos.

Llamaron a la sólida puerta del refugio y oyeron una voz que parecía demasiado impersonal para ser humana.

—Colocaos frente a la piedra blanca e identificaos.

—Goldman, soy Linx y me acompaña una amiga.

La piedra blanca era un telesensor de identificación que enviaba los datos a un macroprocesador que debía hallarse enterrado bajo el castillo.

La puerta se abrió lentamente, separándose sus dos gruesas hojas de acero con múltiples encajes de pivotes que se adentraban unos en

otros, de tal modo que resultaba imposible abrir aquella puerta por su centro.

Un gran corredor apenas iluminado quedó ante ellos.

—Es inquietante este lugar.

—Goldman es un ser muy especial. En su mundo viven como cerebros que flotan en el espacio; allí no tienen los peligros con los que se han encontrado en otros planetas y como Goldman ha querido vivir en otros mundos, no ha tenido más remedio que fabricarse un cuerpo esconderse, él que es todo cerebro y energía

—¡Ah! —exclamó Clyo, enlazando el brazo de Linx, asustada, al verse rodeada por pequeños seres de miradas aviesas.

—Son los peticot, unos seres minienanos que sirven a Goldman —explicó Linx—. El, a cambio, los protege y les da refugio.

Los peticot apenas medían cuarenta centímetros de estatura. Eran delgados y muy veloces, y tenían la propiedad de poder subir por las paredes gracias a las puntiagudas y durísimas uñas que poseían en manos y pies.

Se comunicaban entre sí mediante gritos que a otros humanos podían parecerles agudas carcajadas.

Siguieron avanzando hasta llegar a una sala débilmente iluminada. Una escalinata accedía a una especie de altar donde no había nadie, pero se abrió la pared del fondo y apareció un ser que brillaba porque todo él era oro puro.

Su cabeza era una esfera en la que había una elipse negra y en ella no había otra cosa que pudiera tomarse como boca, nariz u ojos. Aquel ser mediría unos dos metros de altura, quizás algo más.

—¡Linx, terrícola, hace mucho tiempo que no nos vemos!

—Cierto, hace tiempo que no he estado en este planeta.

—Me alegro de verte. No suelo fiarme de los terrícolas, sois unos traidores, a veces valientes y a veces cobardes, pero tú no eres como todos tus hermanos de civilización.

—Los entes humanos somos todos buenos y malos; depende del momento. No somos máquinas programadas, somos muy sensibles a nuestros instintos, a nuestras fobias y a nuestras filias viscerales. En cambio, tú eres frío, Goldman.

—No soy una máquina y tú lo sabes.

—Sí, sé que también eres capaz de odiar.

—Nadie sabe lo que yo pienso.

—Estoy de camino hacia Gogon.

—¿Gogon?

—Sí, has oído bien, y he pensado que debía decírtelo.

—¿Por qué crees que debías decírmelo? —inquirió aquel ser que parecía totalmente de oro.

—Porque sé que Gogon significa mucho para ti. Dos hermanos

tuyos murieron allí.

—¿Has venido a pedirme ayuda?

—No.

—¿Qué es lo que te propones, Linx? Los terrícolas sois muy sutiles.

—Voy a rescatar a alguien que está allí cautivo, y he pensado que debía decírtelo —insistió.

—¿Qué esperas de mí, Linx? —preguntó, aumentando el volumen de voz.

—Si quieres viajar en mi cosmonave, puedes hacerlo.

—Tengo la mía propia. Gogon es un planeta maldito.

—Lo sé; sin embargo, hay quien va por aquellos lugares.

—¿A quién te refieres, a los numba?

—Sí. ¿Qué sabes de ellos, Goldman?

—Que estuvieron allá.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque de regreso trajeron un cargamento de droga sensorita.

—¿Y la están vendiendo por aquí?

—Sí.

—¿Todavía están en esta metrópoli?

—Sí.

—Gracias, Goldman. Ahora, voy a mostrarle esta metrópoli a mi compañera.

—Pues ve con cuidado, este lugar es peligroso y las mujeres escasean.

—Tendremos cuidado y, ya lo sabes, dentro de unas pocas horas partiré hacia Gogon.

—No irás a buscar sensorita, ¿verdad?

—No, no soy un traficante de droga en la galaxia.

Linx sabía que Goldman tenía motivos para odiar a los habitantes de Gogon. Por otra parte, nadie quería saber nada con ellos.

—Por favor, no os marchéis todavía —pidió Goldman, como humanizándose.

—Tenemos algunas cosas que hacer antes de proseguir viaje hacia Gogon — le puntualizó Linx.

—Permitid que antes os ofrezca un banquete; los peticot os lo prepararán.

Clyo miró a aquellos seres pequeños e insignificantes que parecían reír a carcajadas, y se preguntó si debía fiarse de ellos tanto como para comer lo que le prepararan.

*

—¿Adónde vas? —preguntó una voz gorgoteante a la entrada del Elite Club.

—Estoy en observación —respondió Xiulet mirando al androide que se hallaba a la derecha de la puerta. Su aspecto no era nada tranquilizador.

—Los androides no pueden pasar.

—¿Por qué?

—Porque eres un androide —repitió el vigilante de la entrada.

—Siempre me han dicho que no llego a androide.

—Pues lo pareces. Aquí sólo pueden entrar los humanos orgánicos.

—¿Y tú?

—Yo no entro, controlo la entrada. Estoy programado para la vigilancia.

—Tú no piensas por ti mismo —indicó Xiulet, casi despectivo.

—Correcto, estoy programado. Sólo ejecuto órdenes que me han sido programadas.

Xiulet se le acercó para decirle.

—Somos hermanos.

—No, yo soy más androide que tú —replicó el vigilante de la puerta.

—Tienes un defecto en la espalda, vuélvete.

El androide de aspecto feroz se giró lentamente. Xiulet alargó su brazo de acordeón tubular y, con la punta de uno de sus dedos-garfios, pulsó un botón que dejó frenado al androide.

—Listos. Hay que aprender lo que los humanos llaman astucia —dijo Xiulet—. Y tengo programados más trucos humanos.

Xiulet apartó la cortina oscura y mugrienta y penetró en el club donde ya se había adentrado Groller.

Groller se había filtrado entre las medias sombras del club, entre mesas y divanes, mientras en la pista circular que se hallaba en el centro del local, unas danzarinas que podían ser mestizas de civilizaciones bailaban sensuales al ritmo de una música vibrante que un ordenador iba creando en aquellos mismos instantes.

Parte del público allí concentrado las observaba muy atentos y excitados, pero otros seguían conversando de sus asuntos y en diversos idiomas.

—Hola, tenía que encontraros —dijo Groller, sentándose a la mesa en que se hallaban instalados cuatro seres de Numba.

Aquello individuos eran más bien delgados y la piel de su cuerpo tenía muchas protuberancias; estaba como llena de granos, y era de color grisáceo brillante.

Sus ojos eran diminutos y las mandíbulas se hallaban en vertical, lo que hacía que su boca también fuera vertical. En ellos también destacaban las orejas, bastante grandes y móviles, terminando en punta en su parte alta y en su parte extrema baja. Tales orejas daban la impresión de ser como dos pequeñas alas de murciélago.

—Groller, creíamos que nos habías traicionado —dijo uno de ellos.

—¿Traicionado? Nada más lejos de mi pensamiento. Mi nave espacial sufrió un accidente y se siniestró. Mis muchachos murieron, sólo yo me salvé.

—¿Y el cargamento?

—Está a salvo — respondió Groller.

Otro de los numba preguntó:

—¿Tu cosmonave funciona bien?

—Mi nave espacial se perdió en un maldito planeta helado, pero viajo en otra cosmonave y llevamos el cargamento dentro.

—¿Quién es el comandante de esa cosmonave?

—Habréis oído hablar de él: se llama Linx y es terrícola como yo.

—¿Linx? —Los numba se miraron entre sí, preocupados—. Ese humano terrícola es peligroso.

—Ya lo sé, pero tenía que transigir porque fue él quien me rescató cuando ya creía que iba a morir en el planeta helado. Le convencí para que transportara todo el cargamento del rescate al planeta Gogon.

—Ese no es nuestro plan —objetó uno de aquellos extraños seres de Numba con los que Groller parecía estar asociado.

—Ya lo sé, pero no podía hacer otra cosa. He estado buscando la ocasión para apoderarme de su cosmonave y por tanto de todo el cargamento, pero no me ha sido posible. Linx no se fía mucho de mí y me mantiene vigilado. Traté de programar su cosmonave para que me obedeciera a mí y no a él, pero no lo conseguí.

—¿Podemos eliminarlo?

—No es fácil, pero ahora tenemos la oportunidad.

—¿Qué oportunidad? — le preguntaron los numba.

—Está aquí, y nada más y nada menos que con la emperatriz de Naxos.

—¿Con Clyo? —inquirieron los cuatro a un tiempo, súbitamente excitados.

—Sí, está con Clyo y sin escolta. Yo temí que me hubiera descubierto, pero parece ser que no. ¿Qué os parece si nos apoderamos de ellos y, manteniéndolos como rehenes, subimos a su cosmonave y eliminamos a los otros tripulantes terrícolas que obedecen a Linx? Nos quedaríamos con todo el cargamento del rescate y si somos audaces y más ambiciosos, incluso podemos regresar al planeta Naxos y pedir más rescate, ahora por la mismísima emperatriz Clyo.

—A mí me parece un plan demasiado ambicioso —objetó uno de los numba.

Otro, opinó:

—Me conformo con el rescate que lleve la cosmonave de Linx. ¿A

cuánto asciende?

—Varias toneladas de semillas de uva de Naxos, docenas de miles de botellas de vino Bacoy, el mejor de toda la galaxia, y un tesoro en joyas y piedras preciosas que nos puede convertir en los más ricos de este planeta frontier. Lo traía yo todo para repartirlo con vosotros, pero ese Linx me capturó y tuve que decirle que repartiríamos a medias. Pero, él está loco; pretende ir a Gogon y dárselo todo a los seres que retienen a la heredera del imperio de Naxos.

—Nosotros dejamos a Estel en Gogon, a cambio de la promesa de llevarles vino Bacoy. Mientras tanto, nos entregaron droga sensorita.

Otro agregó:

—Tal como planeamos, ella tenía que quedarse en ese planeta Gogon para que tú te pudieras ofrecer como intermediario para el pago del rescate.

—Y todo salía bien hasta que recibí el impacto de un meteorito que me envió contra el planeta helado PT-108.

—Todo no está perdido aún —dijo uno de los numba—. Aún podemos hacernos con el botín del rescate. ¿Cómo se llama la cosmonave de Linx?

Antes de que pudieran proseguir, se originó un pequeño tumulto de protesta que les llamó la atención.

—Es Xiulet... —dijo Groller.

—¿Conoces a ese robot? —preguntó uno de los numba.

—Pertenece a Linx, debe andar siguiéndome.

El jefe de los cuatro numba sacó una enorme y espectacular pistola lasertronic y disparó contra Xiulet.

Los fotodardos intermitentes pasaron entre las cabezas de los que protestaban por la presencia de un androide en un lugar donde les estaba vedada la entrada.

Xiulet recibió los impactos y todo él quedó rodeado por un halo de luz rojiza. Se pudieron escuchar unos sonidos chirriantes y el robot se desmoronó, partiendo una mesa en su caída.

El numba que aún tenía la enorme y espectacular pistola lasertronic en la mano, dijo:

—No te preocupes por él. Aunque te haya seguido, ése ya no dirá nada.

—Muchachos, vale la pena ser vuestro socio. A Linx no le va a gustar nada que le hayan fulminado a su robot personal.

Un servicio de orden del club recogió lo que ellos consideraban chatarra de androide mientras las danzarinas lo contemplaban, detenidas sobre la pista circular. Lo alzaron en volandas por encima de las cabezas de los clientes llevándolo hacia el exterior.

El androide de la entrada, que había sido puesto de nuevo en marcha, dijo:

—Está prohibido que entren los androides.

Xiulet fue lanzado a la dura calle. Su cuerpo rodó sonoramente; todo él producía ruido a chatarra.

En aquel momento, apareció un grupo de peticot, pues ellos solían recorrer la ciudad en grupo para no ser atacados, debido a su insignificancia física.

Los peticots rodearon lo que ya podía considerarse el «cadáver» de Xiulet y con sus vivaces carcajadas (pues así debía parecer su lenguaje a cualquier humano que no fuera peticot) decidieron llevarse al robot. Lo izaron sobre sus cuerpos y, cargando con él, emprendieron la marcha, alejándose del Elite Club.

# CAPITULO IX

Los peticot resultaron unos magníficos gastrónomos. Goldman tenía para su uso una gran mesa, larga y pesada, de madera, con un espesor de medio palmo, pero, curiosamente, él no comía. El era totalmente de oro, excepto aquella especie de elipse negra en su rostro que parecía un mirador. Tras él estaba el cerebro plasmático, pura energía que no consumía alimentos.

El cuerpo electromecánico, dentro del cual se protegía, era accionado por una batería nuclear de larga duración.

Cualquiera, al verle, hubiera opinado que se trataba de un androide; sin embargo, era un humano, un humano que no necesitaba alimentarse porque carecía de cuerpo orgánico.

Los peticot que servían a Goldman como si éste fuera su dios, procuraban agasajar al máximo a quienes éste recibía e invitaba. Goldman, el hombre de oro, protegía a los peticot que eran una especie humana inferior en evolución.

No habían arribado al planeta frontier Amarillo por su propia iniciativa, ya que carecían de cosmonaves espaciales y también de tecnología suficiente para fabricarlas. Habían sido esclavos en otra civilización, pero un carguero que les trasladaba a otro planeta para que trabajasen en la explosión de minas peligrosas, había tomado contacto con el planeta frontier Amarillo a causa de una avería. En dicho planeta, los tripulantes del carguero habían contraído una extraña enfermedad que los exterminó y los peticot (que no la habían contraído) escaparon, escogiendo la libertad, viviendo y reproduciéndose en el planeta frontier Amarillo.

Goldman, un ser solitario, los había tomado bajo su protección y ellos le servían en cuanto él necesitaba que, por otra parte, no era mucho.

Lo que sí sabían los peticot era que los poderes de Goldman eran muchos y ninguno de los aventureros del planeta frontier se atrevía a atacarle, aunque sólo fuera para quedarse con el revestimiento de oro que le protegía.

—Este planeta es rico en animales menores y vegetales, y estos pequeños enanos saben escoger muy bien lo que es apetecible y lo que no lo es. Y no lo digo por mí, sino por los invitados que yo he tenido.

—¿Y de qué viven aquí? —preguntó la emperatriz Clyo, interesada.

—Son cazadores por naturaleza. No lo parecen, dado lo pequeños que son, pero son buenos cazadores, comen lo que cazan y también saben buscar plantas y recuperar chatarra de todo tipo. Tratan de

recomponerla y luego, la venden en el mercado. Yo les he dado unas cuantas lecciones de bioelectrónica y han aprendido bien.

—Interesante —opinó Linx—. Me caen bien los peticot.

Dos de ellos saltaron sobre la mesa y retiraron los platos que Clyo y Linx habían consumido. Comenzaron a prepararles fruta allí mismo, fruta que pelaban y limpiaban de semillas habilidosamente mientras no cesaban de carcajearse, unas risas que sonaban agudas y parecían histéricas.

—¿No piensas regresar a tu planeta madre? —preguntó Clyo a Goldman.

—Mi planeta ya no existe. Llegamos a una gran evolución, pero nuestro sol fue enrojeciendo y creciendo a la par, hasta que se transformó en una estrella roja gigante. Mi planeta fue aumentando de temperatura, la vida se hizo imposible en él y, al fin, fue engullido por la estrella roja gigante.

—¿Y sólo quedas tú de tu civilización? —siguió preguntando Clyo.

—Es posible que haya otros como yo. Partí de mi planeta con otros dos semejantes cuando todavía no tenía este cuerpo de oro con el que estoy revestido como primera capa protectora de los agentes externos.

—Sus dos hermanos murieron en Gogon —explicó Linx, interviniendo.

Clyo quedó impresionada ante aquella noticia y entonces comprendió por qué Goldman odiaba a Gogon y a los seres que habitaban en dicho planeta.

Por el final de aquella sala de paredes, suelo y techo pétreo construidos con grandes y pesados bloques de granito, apareció un grupo de peticot que cargaban con un gran peso.

—¡Es Xiulet! —exclamó Linx.

—¿Le conoces? — inquirió Goldman.

—Es mi robot personal.

Goldman lanzó una especie de carcajada que sonó estridente y a la vez amenazadora dentro de la gran sala de piedra, una sala donde podían caber cientos de peticot en formación. Los techos eran altísimos y más parecía un templo.

Los peticot que cargaban con el robot, dieron media vuelta y se acercaron corriendo a la mesa con su carga. Transportaban sobre sus cabezas al semiandroide, como si fuera un ídolo caído en desgracia

Goldman habló en aquel idioma de carcajadas y, al final, tradujo:

—Dicen que lo han encontrado como material de desecho delante del Elite Club, donde lo habían arrojado los humanos.

—Pregúntales qué les ha sucedido —inquirió Linx puesto en pie, observando a Xiulet con preocupación.

Tras hablar de nuevo con los peticot, Goldman dijo:

—Dicen que no lo saben, que cuando lo han recogido quemaba.

—Diles que lo pongan sobre la mesa, veré si se puede recuperar.

Goldman dio órdenes concretas y los peticot no se quejaron; obedecían en todo a Goldman, que les parecía un dios de oro.

Delante de todos, Linx manipuló en unos resortes y abrió el pecho del robot. Observó sus tripas bioelectrónicas; del interior de aquel cuerpo salía un tufo a plásticos quemados que apestaba.

—¿Es grave? —preguntó Goldman.

—Tiene unos módulos integrales con chips incorporados averiados, y la batería parece medio descargada, pero puede ser recuperable. En mi cosmonave Solitud tenemos los elementos suficientes para reparar esta clase de averías.

—¿Podrás llevártelo?

—Si consigo hacerle una reparación de urgencia, sí.

—¿Qué necesitas?

—Cables de conducción de alta fiabilidad y una batería de emergencia, aunque tenga que sujetársela a la espalda hasta reponer el núcleo de la afectada.

—Los peticot te traerán todo lo que te haga falta —dijo la voz potente del humano de oro.

Atendiendo las órdenes de su señor, aquellos enanos llevaron a Linx lo que le hacía falta y más. Allí, sobre la sólida mesa, el terrícola comenzó a practicar una reparación de urgencia que interesó mucho a aquellos enanos delgados y nerviosos que no cesaban de cuchichear entre sí mientras Linx manipulaba en el cuerpo del robot.

Al fin, cerró la tapa del pecho. Miró a todos, incluida Clyo, y pulsó el resorte de puesta en marcha. El semiandroide comenzó a moverse.

Una de sus piernas se agitó de tal manera que parecía que tuviera espasmos; no obstante, consiguió sentarse sobre la mesa mientras dentro de la burbuja de cristal irrompible que constituía su cabeza se encendían y apagaban luces.

—He sido atacado, he sido atacado. Espero nuevas órdenes.

Los peticot comenzaron a gritar de alegría y aplaudieron con sus diminutas y esqueléticas manos.

—Me están diciendo que les agradaría que les dieses lecciones para reparar robots — tradujo Goldman.

—Cuando tenga tiempo les enseñaré lo que buenamente pueda. Diles que les agradezco que me hayan traído a mi robot personal.

La emperatriz Clyo añadió:

—Diles también que hemos comido con mucho placer.

Goldman tradujo, y los pequeños seres aplaudieron y rieron más.

Linx, encarado con Xiulet, le interrogó aun a sabiendas de que algunas cosas no las podría responder porque no se hallaba totalmente reparado.

—¿Quién te ha atacado?

—Los a-mi-gos de Groller —respondió Xiulet, lenta y entrecortadamente.

—Conque Groller, ¿eh? ¿Y quiénes eran esos amigos?

—Según el ca-tá-logo de mi pro-gra-ma-ción de es-pe-cies hu-ma-nas, eran los num-ba.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro.

—¿Numba? Son los que se llevaron a mi hija —exclamó Clyo.

—Sí, lo suponía. Le he tendido una trampa a Groller y ha caído en ella.

—No lo entiendo —confesó la emperatriz.

—Verás, yo sospechaba que Groller estaba de acuerdo con los numba en el rapto de Estel, pero no podía probarlo. Tenía que darle la oportunidad de que se encontrara con los numba, esos aventureros sin escrúpulos que suelen estar en los planetas frontier. Ellos son los que comercian con la droga, los que roban y asesinan a los mineros del espacio, y Groller está asociado con ellos.

—No puedo creerlo —confesó Clyo.

—¿Lo dices porque se presentó en tu planeta Naxos ofreciéndose a rescatar a tu hija?

—Sí.

—Pues está muy claro. Mientras los numba llevaban a tu hija a Gogon, como única forma de obtener droga en ese planeta, Groller se te ofrecía como intermediario para el rescate. Lo que tenía que hacer era impresionarte a ti, Clyo, y eso podía hacerlo porque en nada se parecía a los canallas de los numba. Tú creíste en él, y Groller se llevó en su cosmonave todo lo que tú ofrecías para rescatar a tu hija y que él pensaba quedarse.

—No es posible...

—Sí lo es, Clyo, todo encaja. El iba a quedarse con todo el tesoro del rescate que tú y tu pueblo ofrecíais por Estel.

—¿Y mi hija?

—Quedaría para siempre cautiva en Gogon, pero Groller tuvo mala suerte al producirse el siniestro de su cosmonave. Yo lo rescaté y entonces me propuso ser su socio. El siempre anda engañando y su plan era muy astuto. Primero, secuestraban a la heredera del imperio Naxos y luego, Groller se ofrecía para llevar el rescate. Ese era el negocio, pues ellos se quedaban con el botín. Los numba entregaron a tu hija a los gogon a cambio de droga; de este modo, si sucedía algo, Groller siempre quedaría como que decía la verdad, pues tu hija sí está en el planeta Gogon.

—Cuánta mentira — musitó, abrumada.

—Te advertí que no creyeras demasiado en los viajeros que llegaran ofreciéndote ayuda; pero no temas, ahora ya está

descubierto. Su plan era maquiavélico, consiguió sacar de ti un gran botín para el rescate, pero la suerte no estuvo de su lado.

—¿Y qué pensáis hacer ahora? —preguntó Goldman que lo había oído todo.

—Seguramente nos habrá tendido una trampa. Para Gro11er y sus conchabados los numba, lo más importante es recuperar todo el botín que ahora transporto yo en mi cosmonave. Tratarán de apoderarse de ese cargamento como sea.

—Y ellos, ¿cuántos son? —quiso saber Goldman.

—No lo sé, pero aunque sean pocos, en este lugar pueden contratar a unos cuantos asesinos a sueldo de diferentes civilizaciones planetarias. Con repartir unas cuantas monedas, tendrán un buen número de entes humanos armados dispuestos a servirles.

—¿Crees que estamos perdidos? —preguntó Clyo.

—Aún no —replicó Linx, dispuesto a no dejarse cazar por Groller y sus secuaces siderales.

# CAPITULO X

—Ahí van, hacia el vehículo lanzadera —señaló Groller, que tenía un arma en su mano. No era una pistola lasertronic, sino un subfusil supraultrasonic.

—Todo está dispuesto para darles la sorpresa —gruñó el jefe de los numba que en su diestra llevaba la espectacular pistola lasertronic, a punto para disparar sus rayos mortíferos.

—Hemos de actuar rápidamente; ese Linx es el mismo diablo.

—¿El qué?

Ante la pregunta del numba, Groller observó sus orejas que semejaban pequeñas alas de murciélago y dijo:

—Déjalo, son palabras propias de mi civilización. Trataba de decir que mi hermano terrícola es muy hábil en la lucha.

—No escapará.

—Pues, adelante.

En aquel momento, Linx y Clyo rodeaban una de aquellas edificaciones pétreas, dirigiéndose hacia el vehículo lanzadera que aguardaba su regreso.

Cuando salieron de la protección de los edificios, asomó Groller que les encañonó con el arma que llevaba.

—Quedaos quietos, alzad las manos y no os mováis.

—¡Groller! Era de esperar...

El traidor se rió mientras avanzaba sin dejar de encañonarles. Por encima del techo de la lanzadera aparecieron dos numba armados con sus pistolas lasertronic.

Clyo musitó:

—Estamos rodeados.

Linx observó que otro numba salía por su derecha.

—¿Qué te propones, Groller, quedarte con todo el botín del rescate?

—Lo has adivinado, Linx, lástima que no pueda darte un premio. De momento, puedes sentirte satisfecho porque vas a salvar la vida.

—¡Aaaaag!

Groller desvió su mirada hacia lo alto de la lanzadera; los dos numba que allí había acababan de quedar envueltos en una especie de bola de fuego que los carbonizó.

Linx dio un salto impresionante para lanzar las suelas de sus botas contra la cabeza de Groller, enviándolo al suelo donde iniciaron una pelea a muerte.

Clyo empuñó el arma que le entregara Linx antes de abandonar la cosmonave Solitud y disparó contra el numba, todavía sorprendido

por el repentino ataque.

El otro numba que estaba a la derecha de ellos disparó contra Clyo, mas ésta se había lanzado al suelo a tiempo.

Inesperadamente, entró en acción otro personaje, Xiulet, que envió sus rayos contra el numba que se disponía a disparar sobre Clyo, fulminándolo.

Linx y Groller se golpeaban, tratando cada uno de ellos de empuñar un arma, especialmente el subfusil supraultrasonic caído.

Linx golpeó duramente a Groller y consiguió noquearlo con dos puñetazos consecutivos.

En aquellos momentos, por detrás de la lanzadera, apareció Goldman acompañado de un grupo de peticot. El había terminado con los numba que habían aparecido por encima de la lanzadera, disparando el rayo abrasador.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Goldman a Linx, el cual apuntaba ya con su arma a Groller que se hallaba caído.

—Es un maldito canalla, un traidor visceral. Había supuesto que intentaría capturarnos y no me he equivocado.

—Extermínalo — pidió Clyo.

—No. El es el culpable de que tu hija esté cautiva en Gogon; lo llevaremos con nosotros, pero en calidad de prisionero.

Groller despertó en aquellos momentos.

Miró a un lado y a otro, vio a sus compinches caídos, carbonizados, y se encaró con Linx.

—Hermano, ambos somos terrícolas, todo ha sido una broma —dijo.

—Una broma, ¿eh?

Groller forzó una sonrisa.

—Sí, una broma, ya sabes que me gusta gastarlas pesadas.

—Pues en ésta te has pasado. Habías montado muy bien este atropello contra las mujeres de Naxos: secuestrar a la heredera y proponer luego su rescate, una idea brillante, pero fallaste.

—Bah, ¿crees que yo pensaba quedarme con algo? No tenía otro recurso que obedecer a los numba, me tenían amenazado de muerte. Ya te dije que lo mejor era no venir por este planeta frontier.

—¿Qué temías, Groller, que los numba te mataran al verte, pensando que los habías traicionado quedándote con todo el botín? ¿O acaso tenías miedo de que yo descubriera tu relación con los numba secuestradores?

—Oye —arguyó, poniéndose en pie y sintiendo dolor en su mandíbula, en sus costillas e hígado, a causa de los puñetazos y patadas recibidas—, tengo un plan magnífico para rescatar a la heredera.

—¿De veras? — rezongó Linx, sarcástico.

—Majestad, majestad, debéis creerme, yo puedo rescatar a vuestra hija.

—Ya no te creo, me mentiste.

Clyo levantó su arma y apuntó a la cabeza de Groller, que retrocedió asustado. Ella parecía dispuesta a dispararle a la cabeza, incinerándosela. Groller puso sus brazos por delante como para protegerse del disparo.

Groller quiso huir, mas se encontró en los brazos de oro de Goldman, que lo rodeó con ellos, sujetándolo e impidiéndole escapar. Groller trató de golpearle, pero sólo consiguió dañarse codos y puños al golpear el cuerpo metálico. Los brazos de Goldman comenzaron a comprimirlo y tuvo la sensación de que sus costillas se quebraban.

—Socorro, socorro —gimió Groller, mientras los brazos de oro se cerraban más y más.

Mientras, el robot Xiulet avanzaba cojeando y sufriendo extraños tics; era evidente que no había sido reparado en su totalidad, pues se veía bastante descontrolado.

# CAPITULO XI

Goldman encaró con la pantalla central de la sala de mandos lo que en su cabeza podía calificarse de rostro, aquella elipse negra que no dejaba traslucir nada, pero detrás de la cual estaba el cerebro plasmático capaz de lanzar rayos fundentes.

Le rodeaban seis peticot que eran los que le ayudaban en todo, y no como esclavos sino como pago a la protección que recibían de Goldman.

—Ahí está Gogon —señaló Goldman.

Clyo, un tanto decepcionada opinó:

—Es un planeta gris.

Linx observó:

—No es azul como la Tierra o como Naxos; es gris por la composición de su aire y el color de las aguas que se hallan sobre su corteza.

—¿Qué sabéis de ese planeta? —preguntó la emperatriz Clyo.

Linx contó lo que sabía de aquel planeta maldito que era Gogon.

—En ese planeta hubo una civilización avanzada de entes humanos.

—¿Tecnológicamente? — inquirió Clyo.

—Sí, pero vivían en constantes guerras, no cesaban de luchar. El egoísmo, la codicia y algunas ambiciones personales les llevaron a las guerras nucleares con gran desprendimiento de radiactividad, y esa radiactividad, provocada por la locura de sus dirigentes, causó enfermedades y una muerte lenta en la mayoría del pueblo humano de diferentes religiones y sistemas políticos, y provocó también la mutación de las cucarachas que se agigantaron, viviendo en los subterráneos que excavaban con mucha facilidad. De siempre se ha sabido que en los planetas donde se han llevado a cabo explosiones nucleares con desprendimiento de radiactividad, las cucarachas han ahondado en sus túneles, buscando mayor protección. Y ellas, que crecieron debido a la radiactividad, salieron luego a la superficie, devorando a los humanos que quedaban vivos y apoderándose del planeta.

—¿Tan terribles son esas cucarachas? —preguntó Clyo, estremeciéndose.

—Sí, son monstruosas. Menos mal que carecen de tecnología y no pueden abandonar el planeta Gogon, porque si se desparramasen por otros planetas, sería horrible. Ellas producen unos jugos ácidos que segregan en cantidad cuando lo consideran oportuno, y esos jugos disuelven las piedras y los metales.

—El oro no —puntualizó Goldman, que seguía encarado con la pantalla que les mostraba el deprimente planeta gris.

—Cierto. Por no ser de oro las protecciones de tus hermanos fue por lo que sucumbieron, ¿no es así?

—Llevábamos trajes de hiperacero, pero las malditas cucarachas los disolvieron tras sujetar a mis hermanos y acabaron matándolos. Yo logré escapar y, desde entonces, mi recubrimiento es de oro puro. De este modo, esos ácidos que segregan las cucarachas de Gogon no podrán atacarme.

—Odias a esas bestias, ¿verdad? —le preguntó la emperatriz.

—Sí, a muerte —admitió Goldman—, pero no se puede acabar con ellas. Se puede exterminar a una, a cien, a mil o a un millón, pero seguirán subsistiendo y reproduciéndose. Se ocultan en las entrañas del planeta, en galerías muy profundas que taponan cuando les interesa para no ser encontradas. Sólo haciendo estallar todo el planeta morirían las cucarachas de Gogon —sentenció Goldman.

—¿Y sería eso justo? —preguntó la emperatriz Clyo.

Linx respondió:

—No, no sería justo. Cada planeta debe evolucionar por sí mismo y con sus propios entes, sean humanos o no. Si los humanos, por su ambición, su codicia y su belicosidad, desaparecen para dar paso a otro sistema de vida aunque no sea humana, hay que tolerarlo. El reino de las cucarachas puede durar millones de años medidos en tiempo de ese planeta y luego puede desaparecer, dejando paso a otro tipo de vida orgánica que seguirá también su evolución natural. Los entes humanos de Gogon desaparecieron por hacerse la guerra nuclear; ahora es el imperio de las cucarachas y debe respetarse.

—Es un planeta maldito —puntualizó Goldman, irritado por el odio que sentía hacia las cucarachas gigantes.

—Sí, pero no debemos intervenir. Es maldito porque esas cucarachas se han dedicado sistemáticamente, durante siglos, a borrar de la superficie de Gogon todo rastro de la civilización de los entes humanos que dominó ese planeta con sus ambiciones de poder y sus codicias, ensuciándolo con sus detritus. Ellas, con sus jugos ácidos y disolventes, no sólo han hecho desaparecer todo lo metálico del planeta, sino también todos los edificios. Lo han hecho de forma sistemática. Donde había metrópolis inmensas, ahora sólo hay superficies lisas, páramos donde crecen los rastrojos. Las cucarachas se han propuesto que no quede ni rastro de la civilización de entes humanos.

—¿Por qué ese odio tan feroz? —preguntó la emperatriz.

—Porque los entes humanos eran más inteligentes y si resurgieran serían sus enemigos naturales y más peligrosos. Es sabido que en el planeta donde el ente humano inteligente se desarrolla, termina

invadiéndolo todo y dominando a todas las especies naturales.

—Salvo cuando se entrega a las guerras con sus semejantes —dijo la emperatriz

—Así es; sólo cuando se lanzan a la guerra nuclear descontrolada se autoderrotan, pues pierden todos los humanos y aparecen los seres inferiores que ganan su batalla ante la debilidad de aquéllos, dañados por sus guerras nucleares. Las cucarachas no quieren que los entes humanos reaparezcan jamás en su planeta; por ello borran metódicamente cualquier vestigio de su anterior presencia.

—¿Y esas cucarachas gigantes son inteligentes? —quiso saber la emperatriz

—No exactamente.

—Entonces, ¿cómo acometen esa destrucción metódica? Cualquier método precisa de una inteligencia mínima —le observó ahora Goldman.

Linx explicó:

—Son ganglionares.

—¿Qué significa eso? — preguntó Clyo.

—Que no se puede dialogar con una de ellas, ni con diez ni con cien. Cada una actúa por sí misma cuando los ganglios de sus neuronas han recibido la información adecuada. Para actuar inteligentemente como cerebro se precisan muchas millares de cucarachas que intercomunicándose con sus antenas, forman un solo y gigantesco cerebro multiforme. Cada minúscula parte de ese cerebro lo posee una de las cucarachas. En consecuencia, para actuar como un cerebro inteligente, deben estar unidas millares de ellas, ignoro cuántas, pero han de ser millares. Cuando se separan, dejan de actuar como un cerebro único y cada una de los entes cucarachas actúa según la información impresa en sus ganglios neuronales, por eso digo que son seres ganglionares.

—Y mi hija, ¿qué habrán hecho con Estel?

Linx temía lo peor, Goldman también, y ninguno de ellos quiso decir nada.

Era demasiado arriesgado aventurar una respuesta.

—Pronto lo averiguaremos —dijo Linx.

—Sí, pronto —dijo también Goldman—. Ya estamos frente a Gogon, pero no olvides, terrícola, que si las cucarachas saltan sobre tu vehículo y lo cubren con sus cuerpos, comenzarán a segregar sus malditos jugos ácidos y corroerán el casco haciéndolo inservible, y luego actuarán lo mismo con su interior hasta destruirlo en su totalidad, porque lo que no corroen sus ácidos lo trituran con las mandíbulas.

—Sí, no olvidaremos el peligro que corremos. Otros viajeros espaciales que han llegado a Gogon han sucumbido por no tomar

precauciones. Nosotros estaremos alertados y no dejaremos que nos exterminen. —Se volvió hacia Clyo para decirle—: Si Estel vive, la rescataremos.

Clyo estaba segura de que el terrícola haría lo posible y lo imposible para conseguir el rescate de la joven heredera que había sido raptada por Groller y sus compinches los numba mediante un maquiavélico plan con el que pensaban conseguir el fabuloso botín que ahora transportaba la cosmonave Solitud.

# CAPITULO XII

Por orden de Linx, el vehículo lanzadera había sido cargado de semillas de uva de Naxos y con cientos de botellas de vino Bacoy.

A bordo de tal vehículo subieron Goldman, que no quería perderse aquella situación (aunque los peticot permanecían en la cosmonave Solitud), la emperatriz Clyo y Linx.

Antes de que se cerrara la portezuela, apareció el fornido Cranc, armado y llevando por delante a Groller.

—¿Qué es lo que vamos a hacer? —gruñó Groller.

—Vamos a visitar a los entes cucaracha de Gogon —le comunicó Linx mientras se hacía cargo de los mandos de la lanzadera.

—Tú sabes bien como tratar a los entes cucaracha, ¿no?

—Si no están reunidas en multitud, no se puede tratar con ellas —advirtió Goldman.

—Eso ya lo sé.

—Si saltan sobre el vehículo antes de que se pueda razonar con la multitud de cucarachas, nos destruirán —gruñó Groller.

—Cierto, Groller, por eso vienes con nosotros. Si sucumbimos, tú no te salvarás. Tú trajiste aquí a Estel, a la heredera de Naxos, de modo que tú nos ayudarás a rescatarla.

Groller tragó saliva con dificultad. Sabía muy bien lo peligrosas que eran las cucarachas que habitaban el planeta Gogon por decenas de millones.

—¿Sideri, atento?

—Sí, listos para despresurizar el hangar. Atento a las luces de señalización.

Las bombas de aspiración succionaron la atmósfera artificial que ocupaba el hangar, pasando a los tanques correspondientes. Se encendieron los pilotos verdes y se abrieron las grandes compuertas.

Frente a ellos se podía ver parte de la redondez del planeta Gogon, planeta que la cosmonave Solitud estaba orbitando. A lo lejos, entre las miríadas de estrellas, podía verse la luna de Gogon, grande, blanca, fría, una luna que debía de haber sido testigo muda de la aparición y desaparición de las civilizaciones en el planeta.

El vehículo lanzadera avanzó despacio.

Encendió sus motores y saltó fuera de la cosmonave Solitud, dejándola atrás con las compuertas del hangar abiertas, a la espera de su regreso si la fatalidad no lo impedía. Demasiados viajeros del espacio se habían acercado a aquel planeta y no habían vuelto a salir de él.

—Groller, tú dirás en qué lugar del planeta se concentran en

mayor número los entes cucaracha. Quiero saber dónde te recibieron la otra vez.

—Yo no estuve, fueron los numba.

—De todos modos, lo sabrás.

—¿Y si no lo digo?

—En ese caso, te dejaremos libre en cualquier parte del planeta para que te las compongas solo. Nosotros ya nos las arreglaremos para encontrar la metrópoli pensante de las cucarachas.

Groller, malhumorado, vació el aire de sus pulmones antes de decir.

—Está bien, ellas se encuentran en la montaña de los dioses.

—¿Y dónde está eso?

—En la gran meseta continental, por encima del ecuador; ya os indicaré la montaña. Destaca porque en varios cientos de kilómetros a la redonda todo está llano.

Inmersos en la atmósfera gris del planeta Gogon, volaron sobre él a poco más de tres mil metros de altura. No se veía rastro alguno de civilización.

Los bosques habían resurgido y, donde hubo ciudades, crecían ahora grandes extensiones de matorrales en los que se desarrollaban animales mayores como roedores y aves, animales que los entes cucaracha cazaban para su propio alimento.

El mayor peligro que podían tener en aquellos tiempos las cucarachas era la excesiva multiplicación de ellas mismas, el aumento de su población, pero por lo visto lo habían solventado destruyendo los huevos que se salían de su cómputo para la renovación permanente; de este modo mantenían su equilibrio demográfico.

Tuvieron que dar dos vueltas al planeta Gogon, sobrevolándolo, hasta detectar la que Groller había llamado la montaña de los dioses.

Esta no era muy elevada pero sí bastante extensa y destacaba por hallarse en una llanura donde la montaña era la única protuberancia.

Linx maniobró con la lanzadera para girar en círculo sobre la montaña, y fueron descendiendo cautelosamente hasta descubrir que estaba totalmente perforada, llena de agujeros que penetraban en sus entrañas.

Clyo opinó:

—Esto es un nidal gigantesco.

—Descender ahí es la muerte —gruñó Goldman.

—No se ve ningún ente cucaracha —observó Cranc que, como todos, miraba por las ventanillas del vehículo.

—Nos habrán detectado y se habrán escondido dentro del nidal —dijo Groller.

Goldman añadió:

—Si cometemos la torpeza de descender, ellas saltarán sobre el

vehículo, cubriéndolo por completo, y obturarán las toberas de los motores con sus cuerpos hasta atascarlas, no importando cuántas mueran en el ataque masivo. Luego, viene la corrosión de sus jugos.

—¿Tan grande es ese nidal? —preguntó la emperatriz Clyo.

—Millares de kilómetros de túneles y salas en el subsuelo. Con esos túneles cruzan los océanos, llegando a todas partes sin necesidad de embarcaciones ni aeronaves —explicó Groller—. Todos los continentes e islas importantes del planeta Gogon están unidos entre sí por túneles que las cucarachas excavan con pasmosa facilidad. Todo el planeta es suyo. Aunque se desarrollen otros tipos de vida animal, es suyo, porque ellas cazan a esas bestias y nos cazarán a nosotros también si descendemos.

Linx determinó:

—Intentaremos el contacto con los entes cucaracha.

—Puede ser un suicidio —advirtió Groller—. Esas malditas cucarachas gigantes tienen en sus ganglios neuronales la orden de eliminar a todo ente humano inteligente.

—¿Es eso lo que han hecho con mi hija? —inquirió Clyo.

—No, a ella no — respondió Groller.

—¿Ah, no? ¿Qué hicieron pues con ella? —preguntó Linx.

—Parece ser que decidieron tener algún representante humano para recordar cómo fueron y para sentirse más gloriosamente vencedoras manteniendo a uno de esos especímenes desaparecidos dentro de una especie de jaula.

—¿Como si fuera un zoo? — preguntó Linx.

—Más o menos, aunque los numba les dijeron que podían obtener buen rescate por ella

Linx abrió el canal de megafonía exterior. Tenía la completa certeza de que iban a entenderle si la masa de entes cucaracha actuaba como un cerebro único.

—¡Atención pueblo de Gogon, atención pueblo de Gogon!

Me llamo Linx, soy terrícola. Procedo de un lejano planeta y vengo a traeros regalos que os agradarán. Atención, atención, no venimos a destruiros, queremos contactar con vosotros. Si deseáramos arrasar la montaña podríamos hacerlo con las armas que llevamos, pero no venimos a atacaros. Dejaremos unas muestras por si os gustan.

Cerró la megafonía y se volvió hacia Goldman.

—¿Puedes encargarte tú de depositar unas cajas de botellas abiertas?

—Bien, pero actúa rápido, no sea cosa que nos asalten para quedarse con todo, incluidos nosotros.

Con sus manos mecánicas de gran poder, Goldman preparó dos cajas, abriéndolas. Mientras, Linx hacía descender la lanzadera en vertical sobre la montaña, a poca distancia de uno de los agujeros que

daban acceso al nidal interior.

El descenso se efectuó con gran precisión, cuando ya Goldman volcaba las cajas sobre el suelo, desparramándolas para que los entes —cucaracha pudieran hacerse con ellas. Vio las cabezas de varias cucarachas atisbando por distintos túneles. Estaban observando, todavía indecisas.

Cuando asomaron las primeras patas de los entes cucaracha, Linx hizo ascender la lanzadera, situándose a pocas docenas de metros por encima de la montaña, lejos del alcance de los insectos gigantes.

—Si falla el vehículo, estamos perdidos —gruñó Groller.

Desde la escasa altura en que se situaron, vieron salir a las cucarachas que, recelosas, avanzaron hacia las botellas caídas, varias docenas de ellas.

—Son muy grandes —opinó Clyo al verlas.

—Sí, deben de pesar como cien kilos —calculó Linx. Los entes cucaracha cogieron las botellas de vino y, en vez de correr de regreso al nidal, las descorcharon con una habilidad escalofriante, utilizando su boca, a la que acercaron los golletes para beber, pues debían de conocer las botellas de vino.

Al poco, salieron de los túneles más entes cucarachas que se disputaron ferozmente las botellas. Fue una lucha tremenda: se quitaban las botellas unas a otras; todas ansiaban beber lo que les parecía néctar de dioses.

—Diablos, cómo les gusta el vino —rezongó Linx—. Ahora hay que esperar a que supliquen más botellas. Les gusta más que la droga sensorita.

Todos pudieron ver cómo se alzaban de patas hacia la lanzadera, como tratando desesperadamente de alcanzarla.

# CAPITULO XIII

La montaña se llenó de antes cucaracha que la cubrieron por completo. Aquellos insectos gigantes habían surgido de los túneles acudiendo a una especie de llamada general y alzaban su cabeza hacia el vehículo como suplicando vino Bacoy.

—Os habla Linx, el terrícola. Pueblo de Gogon, respondedme.

De pronto, la masa de cucarachas quedó quieta. Después, comenzó a moverse lentamente y, frotando sus élitro unas contra otras, consiguieron una especie de fragor articulado que componía palabras. Eran palabras de respuesta, actuaban unidas como un solo cerebro, capaz de entender y responder.

—Te escuchamos, terrícola

—Podemos ofrecernos más botellas de vino Bacoy, muchas botellas.

—Las aceptaremos, terrícola pero dinos a cambio de qué.

Aquel fragor articulado en palabras llegaba claramente hasta ellos. Linx respondía a través de la megafonía exterior, y un poderoso altavoz amplificaba sus palabras dirigidas a aquella masa de millares y millares de entes cucaracha, que, unidas, se convertían en un solo cerebro.

—¿Queréis miles de botellas de vino Bacoy?

—Sí, terrícola

—¿Queréis semillas para sembrar y que os nazcan las uvas gigantes que dan luego este delicioso vino?

—Sí, terrícola las queremos.

—Pues, todo os lo vamos a ofrecer a cambio de la cautiva que retenéis.

—La cautiva es muy valiosa —respondió aquella voz que se generaba con el roce de las duras alas de unas cucarachas contra otras.

—Os hemos traído este néctar en botellas a cambio de ella.

Groller rezongó:

—No van a ceder.

—Eso, ya lo veremos —objetó Goldman.

Abrió la puerta de la lanzadera y arrojó por ella unas cuantas botellas. Algunas de ellas dieron sobre los caparazones de las cucarachas, pero las que no se partieron fueron disputadas rabiosamente por las que estaban más cerca.

—Terrícola, ¿nos escuchas?

—Sí.

—Podemos llegar a aceptar el trato si lo discutimos aquí abajo.

—De acuerdo, descenderemos, pero si nos traicionáis, con un gran poder de fuego destruiremos toda la montaña y sus entrañas. Vosotras moriréis por millones. Si aceptáis, os pagaremos como deseáis.

—Os esperamos.

—Apartaos de la explanada de la cumbre de la montaña. Os advierto que tenemos botellas y semillas en esta nave, pero tenemos muchas más en otra cosmonave que está esperando arriba, entre las estrellas. Yo os prometo cumplir el trato que acordemos.

—De acuerdo, terrícola —respondió aquella voz que llegaba muy lejos, pues eran decenas de millares los élitros que se frotaban entre sí, articulando palabras.

Los entes cucaracha se apartaron, despejaron el área solicitada y el vehículo lanzadera comenzó a descender.

—¿Estás loco? ¿Nos van a destruir! —bramó Groller—. ¿Cómo puedes confiar en la palabra de esas repugnantes cucarachas?

—¿Acaso es más fiable tu palabra? —rezongó Linx, mordaz. Luego, dijo—: Goldman, descenderemos tú, Groller y yo.

—Yo también quiero bajar — manifestó Clyo.

—No — replicó Linx—. Ya está tu hija en peligro. Si todo va mal, que una de las dos se salve.

—¡Yo no quiero bajar! —protestó Groller.

—Si no bajas, te calcinamos aquí arriba —silabeó Linx, apuntándole con su pistola.

—Yo me ocuparé de él —dijo Goldman.

Lo cogió del brazo con su mano de oro e hizo rugir de dolor a Groller, que se veía incapaz de librarse de aquella dorada tenaza mecánica.

El vehículo lanzadera descendió, Cranc se iba a hacer cargo de él.

Saltaron al suelo Goldman, Groller, que seguía atenazado por la mano recubierta de oro de Goldman, y Linx. El vehículo lanzadera volvió a ascender rápidamente para escapar a un posible asalto de las temibles cucarachas.

—Estamos perdidos, se nos van a comer vivos —farfullaba Groller, sin poder escapar a la tenaza de Goldman.

Salieron las cucarachas en formación de cuatro, dándoles a entender que las siguieran. Y así escoltados, se internaron por uno de los túneles que, curiosamente, se hallaban iluminados por minerales fosforescentes adosados a los techos.

Tras avanzar casi tres kilómetros por las amplias galerías donde había un hedor insoportable, llegaron a una sala gigantesca que se hallaba en el corazón de la montaña de los dioses.

En su centro había una gran caja de cristal sin techo, de paredes demasiado altas para conseguir escapar de su interior, y allí estaba ella...

Los ojos de Linx parpadearon atónitos. La belleza de Estel superaba todo lo imaginado y estaba allí desnuda, para poder verla integralmente como representante del ente humano desaparecido del planeta Gogon.

Al verles, la muchacha se pegó a los cristales y comenzó a gritar y a golpear las paredes con sus puños.

—¡Pueblo de Gogon! —gritó Linx—. Hemos venido a buscarla a ella. A cambio, os daremos miles de botellas de vino Bacoy y semillas para que sembréis y obtengáis la mejor uva de la galaxia, y también os regalamos un espécimen humano para que no os quedéis sin una muestra que poder contemplar.

Groller miró a Linx aterrorizado.

—¡No puedes hacerme esto! —gritó, desesperado.

Los millares de entes cucaracha allí reunidos, comenzaron a frotar sus élitros; parecían muy satisfechas por el intercambio.

Se pegaron a la pared de cristal que encerraba a Estel y se subieron unas encima de otras hasta alcanzar la pared. Luego, se descolgaron desde allí.

Estel, aterrorizada, se apartaba pero una de las cucarachas la apresó con sus patas y la izó. La sacaron de la caja al tiempo que Goldman les entregaba a Groller, que vociferaba furioso y desesperado.

—Tú te lo buscaste, Groller. ¿No fue tu brillante inteligencia la que planeó que estos seres tuvieran un ente humano cautivo? Pues ocupa tú ese privilegiado puesto.

Estel fue a parar a los brazos de Linx que la oprimió contra sí, mientras a Groller le eran arrancadas sus ropas. Desnudo, fue lanzado al interior de la celda de cristal.

—Será mejor que nos vayamos cuanto antes por si cambian de opinión —apremió Goldman.

—¡Gracias, pueblo de Gogon! Ahora os daremos todo lo que os hemos prometido —dijo Linx, e iniciaron el camino hacia la salida en medio de aquella impresionante muchedumbre de cucarachas gigantes.

Llegaron a lo alto de la superficie de la montaña y la lanzadera comenzó a descender.

Cuando estaban justo a punto de saltar a su interior, los entes cucaracha trataron de sorprenderles lanzándose contra ellos. Querían apoderarse del vehículo lanzadera y de todos los humanos que en ella viajaban.

Xiulet comenzó a lanzarles botellas, y en el afán de apoderarse de ellas, se produjo una gran confusión entre la masa de cucarachas.

—¡Mamá!

—¡Estel!

Madre e hija se abrazaron, y la madre la cubrió como pudo con sus propias ropas.

Goldman se vio cogido por las piernas por las cucarachas que tiraban de él y, revolviéndose, disparó sus rayos incinerantes que carbonizaron a varias de las bestias.

Xiulet seguía lanzando botellas de vino contra aquellos repugnantes seres que perdieron la oportunidad de atrapar a los humanos por querer hacerse cada uno de ellos con una botella

Ya a mayor altura, tras desprenderse de las cucarachas que habían conseguido pegarse al fuselaje de la lanzadera, Linx ordenó:

—Arrojemos todas las botellas que aquí llevemos y que se emborrachen.

Vaciaron el vehículo de botellas y las cucarachas bebieron las que pudieron hacerlo, pues hubo gran disputa entre ellas. Trataban así de olvidar su fracaso mientras, lejos, Groller gritaba en vano encerrado en su prisión de cristal.

—No hay más botellas, no hay más botellas —dijo Xiulet.

—Ya lo veo, cierra bien la puerta, nos largamos.

—Y ahora, ¿adónde? — preguntó Goldman.

—No te sientas frustrado por no destruir a esos seres, Goldman; están en su planeta —sugirió Linx. Se volvió hacia la emperatriz Clyo y le pidió—: Tendrás que explicarle a tu hija que los hombres, los varones terrícolas, no somos inferiores en inteligencia a vosotras, las mujeres de Naxos.

Estel se volvió hacia él y le miró a los ojos.

Clyo comprendió entonces lo que acababa de suceder. Estel no reinaría jamás en Naxos, ella y el terrícola Linx iban a unir sus vidas, nada ni nadie podría impedirlo.

—Mamá, ¿de verdad este hombre no es inferior a nosotras?

—No, hija —respondió sincera aunque con algo de dolor, pues ella también se había enamorado del terrícola—. El te ha salvado.

Linx la cogió por la delgada cintura, la atrajo hacia sí y la besó en la boca sin ningún reparo.

Se sintió muy a gusto estrechándola, besándola.

—Atención, atención, nos acercamos a la cosmonave Solitud —anunció Cranc, que seguía pilotando la lanzadera.

Ni Estel ni Linx le oyeron mientras Goldman les observaba perplejo a través del cristal oscuro que tenía centrado en su cabeza. El no podía comprender aquellas caricias propias de los humanos que poseían todo un cuerpo del que él carecía, pero los peticot sí, porque rieron mucho mientras la lanzadera se adentraba en el hangar que con las compuertas abiertas la estaba esperando.

**FIN**